CUANDO ERES SIMPLEMENTE UNA MÁS



LA NOVELA

UNA DEL MONTÓN

L.E GUARDIOLA

CUANDO ERES SIMPLEMENTE UNA MÁS



LA NOVELA

UNA DEL MONTÓN

L.E GUARDIOLA





Una del Montón

L.E GUARDIOLA

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares y eventos son o bien productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

Derechos del Autor 2017 L.E Guardiola
Todos los Derechos Reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso del escritor.

Para todas esas mujeres y hombres que son

uno más del montón

CONTENIDO

	AGRADECIMIENTO	i
1	Primer Día	3
2	Oficina de Martín	25
3	Segundo Día	33
4	Apartamento de Sara	39
5	Hospital Quirón San Camilo	43
6	Tercer Día	49
7	Carlitas	63
8	Reunión del Montón	71
9	Cita/No Cita	81
10	Sexto Día	87
11	Duodécimo Día	93
12	Un año Después	97
13	Mi Brillo	

AGRADECIMIENTOS

Al principio no sabía que escribir o que decir. No tenía idea de a donde quería ir, que rumbo, como escritor, quería tomar. Me senté un día a pensar en esas cosas de la vida, esas cosas que te hacen crecer como persona. Esas pequeñas piedras en el camino. Escribir esta historia no fue nada fácil, dolorosa diría yo. Pero tiene un propósito, tiene una esencia y tiene una verdad. Gracias a esas experiencias de la vida las cuales hacen que se cree esta hermosa historia.

Gracias

España, 2015
9:15am
Primer Día

Sara Jiménez había terminado su corrida matutina sudando lo que nunca había sudado en su vida. Había dejado las preocupaciones y situaciones en la calle, intentando no darle más cabeza, para poder dormir mejor en las noches, para poder sentirse un poco más viva. Tratar de sanar sus dolores de cabeza que aun con pastillas, seguían aumentando. Tenía que ser por sus problemas no había otra explicación cuerda o científica. Había ido semanas atrás al médico, explicándole que no podía dormir ni mucho menos descansar. Como doctor al fin, le receto varios medicamentos para poder relajarse y quedarse dormida. Cuando joven, Sara había utilizado las pastillas, recetas por los doctores, como se supone, lo único que hasta demás. Los usaba como estrategia de 'huida' de problemas y una buena manera de dormir para sobrellevar el día a día. Pero ahora con treinta años sabía que tenía que ser madura al respecto y no volverlo hacer por más que su subconsciente le estuviera diciendo que era la mejor opción. Al llegar a su casa lo primero que hizo fue darle una ojeada al periódico que ya se encontraba en la alfombra de su puerta. Miraba los titulares, buscando quienes los habían escrito, sus autores, hasta que encontró su nombre en uno de ellos. Su artículo había salido, Sara contemplaba, detenidamente su obra maestra, su primera publicación en un periódico de España. En cualquier momento podía llamar a sus padres y gritarles de emoción al haber cumplido uno de sus sueños. Pero sabía que, por el cambio de horario, no la iban a poder atener allá en Puerto Rico. Comenzó a quitarse la ropa de camino a su sala donde se podía notar que hace semanas que no limpiaba, tenía ropa tirada en diferentes partes, platos, tazas, comida rápida

en la mesa, en fin, como si no viviera en su apartamento por meses. Allí noto algo extraño en su grabadora que estaba en la mesa cerca de la ventana que daba a la calle. En esa grabadora, donde se dejan mensajes cuando llamas a los teléfonos de las casas, los que ya no se usan, gracias a la tecnología ahora usamos celulares, allí encontró una luz parpadeando. Un mensaje tenía su grabadora y eso significaba una sola cosa, la única persona que tiene su número telefónico de la casa había llamado y había dejado mensaje mientras ella se había ido hacer su corrida matutina. Dudo varios segundos en oprimir el botón para que se reprodujera el mensaje, dudo porque no tenía deseos de escuchar a esa persona y tener que recoger una de esas situaciones que había dejado en la calle. Oprimió el botón sin pensarlo más y escucho el mensaje.

“Sarita, guapa, es Antonio. Llevo rato llamándote y no logro escucharte o saber cómo estáis. Yo espero que bien y sonriente como en los tiempos de antes. Que nos haríamos vosotros sin tu sonrisa, hombre que nos perderíamos. No molesto más, no se me da esto de dejar mensajes de voz en una máquina, no es lo mío. Cuando tengas la oportunidad me puedes devolver la llamada, besos,” La voz de Antonio se había escuchado en todo su apartamento como si de verdad él hubiera estado allí, sentado en la sala, hablando con ella, frente a frente. Como si el tuviera los cojones de hacerlo. Aunque para otras cosas si los tenía en buen sitio, para formar líos en las discotecas, restaurantes o en reuniones familiares era el primero, pero cuando se trataba de ir a su apartamento para hablar de sentimientos y abrir su corazón, Antonio era el último. Sara se volteó para dirigirse a su recamara cuando se topó con su mejor amiga que había estado escuchando todo.

“Carla,” dijo Sara sorprendida. Hasta el momento ella pensaba que estaba sola en su casa, pero fue lo contrario. Se topó con su mejor amiga que también vivía allí con ella.

“Que he escuchado a Antonio,” dijo Carla.

“Yo también,” dijo Sara.

“¿Lo vas a llamar?” pregunto Carla.

“Seré bruta yo,” dijo Sara entrando a su recamara para meterse a bañar.

“No bruta, sino que enamorada. Depende de cómo lo veas puede significar lo mismo,” dijo Carla.

“Se me olvidaba que habla la experta en amoríos,”

“Tres novios más que tú para ser exactos, que no te equivoques. Pareceré joven y de corazón puro, pero en el fondo sabes lo bruja, amargada, destruida y cruel que soy,” dijo Carla.

“Y por eso eres mi mejor amiga,” dijo Sara entrando al baño. Entró a la ducha y abrió el grifo mientras que Carla se sentaba en el retrete.

“¿Que harás con el mensaje? ¿Lo devolverás?” pregunto Carla encendiendo un cigarrillo.

“¿Quieres que esté nuevamente comiendo chocolate frente a la televisión sin ducharme por días?” pregunto Sara.

“Fue la única vez que nos pudimos poner al día en el Juego de Tronos, no vendría mal hacer otro maratón de alguna otra serie que tengamos pendiente,” dijo Carla riendo.

“¿Y no salir al exterior?”

“¿Que tiene el exterior que no me pueda dar la Televisión?”

“Ahí tienes un punto. Pero no, no creo que le devuelva la llamada, no estoy lista,” dijo Sara.

“Yo creo que nadie lo estaría. ¿Tienes idea de porque ha llamado?”

“Ni puta idea. Que yo recuerde no me he dejado nada en su apartamento,” dijo Sara

“A lo mejor quiere hablar. Tu sabes, de sentimientos,” dijo Carla riendo nuevamente.

“Claro, Antonio González hablara de sentimientos conmigo. Vamos que pensaba que eras más inteligente,” dijo Sara culminando de ducharse.

“Y lo soy. Por eso digo que hablara de sentimientos. Es lo único que ustedes no han hecho”

“Luego hablaremos de casarnos, tener hijos, y comprar una casa aquí en España o allá en Puerto Rico,”

“Lo mío es más creíble,” dijo Carla riendo.

“Es más creíble, claro que sí. Pero quiero pensar que lo que quiere hablar no es nada importante. A lo mejor quiere saber cómo estoy,”

“Ni cuando eran novios te dejaba mensajes en la grabadora,” dijo Carla que aún no se movía del retrete. Sara intento salir del baño con toalla en su cuerpo, pero Carla no la estaba dejando.

“Me preocupas,”

“Y a mí me preocupa que llegaremos tarde,” dijo Sara preocupada por llegar tarde a su segundo trabajo.

“Y a mí me preocupas tú, por más entretenidos que sean tus problemas, no quiero que tengas que volver a pasar por el proceso,” dijo Carla.

“Hay procesos en la vida que, lamentablemente, tendremos que pasarlos más de una sola vez. Procesos de situaciones que intentamos no repetir, pero la vida misma nos obliga a hacerlo, porque lamentablemente así es la vida. Ahora, termina de vestirte que no podemos llegar tarde,” dijo Sara. Ambas se marcharon del baño y comenzaron a vestirse lo más rápido posible para poder llegar a su trabajo. Y es que verán, aparte de Sara ser escritora, trabajaba en un restaurante como mesera, Carla mientras era la dueña del restaurante llamado “Carlitas” el cual se especializaba mucho en comida puertorriqueña. Allí fue donde se conocieron años atrás, convirtiéndose en mejores amigas desde entonces. De camino al

restaurante, Sara intento no pensar en lo que había ocurrido hacia minutos atrás. El saber que Antonio le había dejado un mensaje de voz, y sin ella saber para qué, la ponía muy nerviosa, y por más que intentara ocultárselo a Carla, ya ella se estaba preocupando por su bienestar emocional. Cosa que ninguna de sus amistades hacían, ambas conocían a muchas personas, debido a su trabajo, pero en ciclo de amistades estaba bastante cerrado. Era como si para pertenecer a su 'club de amigas' tuvieras que pasar por un proceso de selección y entrevistas las cuales tomarían meses para que pudieras entrar a su pequeño 'club'. Y por culpa de ser tan selectivas, y jodonas con escoger quienes podían ser 'dignos de tener su amistad' solamente tenían una amiga más, Karen, y dos amigos varones, Gustavo y Estéfano.

De camino al restaurante, Sara estaba pensando cómo le iba a decir a Gustavo lo que había pasado con Antonio. Y es que el chico había logrado pasar todas las pruebas de amistad, que ambas chicas le habían dado, para poder entrar a su 'club' hacía varios años atrás. Y para Sara, Gustavo era su querendón. Era el más joven de sus amigos, y por alguna extraña razón sentía que tenía que cuidar de él, ayudarlo en lo que pudiera y que no fuera lastimado por ningún hombre. Pero de la misma manera de que ella cuidaba de Gustavo, él hacía lo mismo. Y el tema de Antonio, desde haces semanas, era uno que no se tocaba y cuando pasaba, se tocaba con mucha delicadeza. Pero ya ella sabía que tenía que contarle lo que había pasado, antes de que Gustavo se enterara por Carla o Karen.

"¿Y ESTO?" pregunto Carla al llegar al restaurante un poco histérica. El salón donde se encontraban las mesas estaba repleto de personas, era, y según estaba pensando Carla, la primera vez que ella veía su restaurante completamente lleno. Todos los meseros estaban moviéndose de esquina a esquina sirviendo platos y entrando bebidas, mientras que la persona que Carla había dejado a cargo en las mañanas se estaba volviendo loca, ella era Patricia.

"Los Rodríguez cerraron su restaurante anoche. Creo que hubo drogas envueltas algo así he escuchado. Agraciadamente para nosotros, tenemos todo este gentío," dijo Patricia.

“¿Y porque no me habéis llamado antes?” pregunto una Carla preocupada.

“Pudimos manejarlo muy bien. Karen y Estéfano se están encargando de los tragos, mientras que tengo a todos los meseros incluyendo los de tiempo parcial,” dijo Patricia. Carla y Sara se miraron por unos instantes, al parecer el haber puesto a Patricia a cargo en las mañanas había sido una tremenda idea. Sara era la mesera principal del restaurante, lo cual aparte de atender mesas, velaba por la calidad de servicio en el restaurante, pero ver que Patricia lo podía hacer muy bien, temprano en la mañana la aliviaba un poco en su lista de preocupaciones y obligaciones.

“¿Haz visto a Gustavo?” pregunto Sara caminando con Patricia hacia la oficina cerca de la cocina, mientras que Carla se perdía entre medio de la multitud.

“Creo haberlo visto en el área del café. No lo vi muy bien,” dijo Patricia dejando a Sara sola mientras esta se desviaba al café. Dentro del mismo restaurante, y para aquellos que no quisieran la comida, aunque los Chef eran un exitazo, había un área más tranquila donde se servía Café y comida un poco más ligera y menos pesada. Allí sentado en una esquina se encontraba Gustavo y al parecer haciendo algo en su ordenador.

“¿Tres cafés? ¿En serio?” pregunto está mirando a su amigo muy preocupada.

“¡Sara! Al fin llegas, que te he esperado desde temprano en la mañana,” dijo Gustavo.

“Dejar de cambiarme el tema. ¿Que tenéis?” pregunto ella sentándose frente a él.

“Nada que ya no sepáis. Un sinnúmero de trabajos pendientes, sin poder dormir y pensando en Martín,” dijo Gustavo tomando otro gran sorbo de café.

“En los trabajos te puedo ayudar. A ver, envíame algunos por correo electrónico,”

“¿Con que tiempo los harás? Si tu ni para salir con nosotros tenéis tiempo, Sara. Dejar de engañarme, por favor.” dijo Gustavo. Al parecer con el decir eso, había dejado muy claro a Sara que este tenía alguna molestia escondida dentro de todo ese pelo largo que tenía su amigo. Algo había pasado y debido a eso, no era momento de decirle que Antonio le había dejado un mensaje de voz en la grabadora de su casa.

“Vamos hombre que hablo en serio. Envíalo, que tiempo encontrare yo para ayudarte. Iré a trabajar antes que a Carla le dé un infarto, tenéis que haberle visto la cara cuando entramos. Nunca había visto el negocio tan lleno,” dijo Sara intentando de animar a su mejor amigo. Una vez ella se levantó de la silla escucho a lo lejos que Carla la estaba llamando.

“¿Le has contado ya a Gustavo los de Antonio?” pregunto Carla que llego donde ellos dos. Sara le estaba dando la espalda a Gustavo, pero ella podía sentir como él se había levantado a paso ligero de la silla. Ella podía sentir su mirada a sus espaldas y no sabía cómo, pero podía sentir que Gustavo sonreía.

“¡NO! No le he dicho nada,” dijo Sara molesta con su amiga. Hasta el tono de voz de Sara hizo que algunos clientes que estaban comiendo, cerca de ellos, miraran a ver que realmente estaba pasando. Hubo un pequeño silencio en el cual, Sara pensó en que realmente le estaría contando a Gustavo si la verdad completa o se la disfrazaría un poco. Cuando se volteó vio a Gustavo con la sonrisa que ella había sentido.

“No es lo que piensas,” dijo Sara.

“¿Porque te lo habéis callado? Esto me hubiera animado tanto. Tus desgracias por alguna extraña razón me animan, que no tenéis idea,” dijo Gustavo aun con su sonrisa de oreja a oreja. Carla se fue marchando sigilosamente sin que Sara se percatara, dejándola a ella sola explicándole a él lo que había pasado.

“Me dejó un mensaje de voz,” dijo Sara quien le dio la espalda para marcharse. Gustavo la siguió dejando sus cosas allí en la mesa.

“¡Espera!” le grito Gustavo. Este le hizo algún tipo de seña a una de las meseras, al parecer para que le velara sus cosas a lo que corría detrás de su amiga. La siguió hasta llegar a donde el caos se encontraba. Sara ya estaba tomando una bandeja para comenzar a trabajar y presentarse a su primera mesa. Mientras que Gustavo ya estaba detrás de ella.

“Tienes que contarme todo, ahora,” le dijo Gustavo preocupado he intrigado por la información que quería hurgar. Si era buena la información probablemente era mala para su amiga, y si era mala la información probablemente la situación no había sido tan grave como la estaba imaginando. Al fin y al cabo, ya la había ayudado a salir de su depresión meses atrás si tenía que volverlo hacer ahora, pues lo hacía.

“No hay nada que contar. Hola bienvenidos a Carlitas, mi nombre es Sara y les estaré sirviendo en la mañana de hoy. ¿Con que desean comenzar?” Sara les estaba hablando a su mesa ignorando por completo que tenía a Gustavo a sus espaldas, preguntándole sin cesar que había ocurrido. “Enseguida les traigo las bebidas,” dijo está marchándose y fue directamente hacia la barra. Allí, esperanzada de que Karen y Estéfano no preguntaran nada, se llevó la sorpresa de que Carla ya les había dicho quien había llamado.

“¿Nada interesante que nos queréis contar?” pregunto Karen riéndose junto a Estéfano. Carla se estaba haciendo la que no sabía nada, en una esquina de la barra, pero Sara sabía que ella había revelado algo acerca de Antonio. Pero como no de hacerlo, si cada vez que a Sara le pasaba algo con Antonio o con algún otro novio, todos querían saber y a todos les entretenían.

“Nada que ya no sepáis, al parecer,” dijo Sara entregándole el listado de bebidas que tenía que entregar a su primera mesa.

“¿Alguien me puede explicar que ha pasado?” pregunto Gustavo.

“Hombre, que aquí la Sara nos ha ocultado que Antonio la ha llama ‘o,” dijo Estéfano.

“¿Disculpa? ¿Que Antonio te ha llamado? ¿El cabron no se cansa de hacerte daño y por eso ha decidido en llamarte?” pregunto Gustavo ya con su sonrisa fuera de su rostro. Una cosa era que les entretenéis la vida romántica de su amiga y otra era que se tratara de herirle los pocos

sentimientos que le quedaban a Sara por culpa de Antonio. Y es que la historia de ambos se remota a casi un año atrás, pero para eso nos falta y mucho.

“Si ha llamado. Y no se para que,” dijo Sara esperando por las bebidas.

“¿Le vas a llamar?” pregunto Karen.

“Claro que debe de llamarlo y mandarlo a buen sitio. Si quieres Sara yo lo hago, yo lo llamo y le digo dos o tres que me tengo guardado hace meses,” dijo Gustavo.

“O mejor no. Nadie lo va a llamar. Y en caso de que alguien vaya a hacerlo, esa debe de ser yo. Mis bebidas coño,” dijo Sara mirando a Karen que aún se demoraba en dársela. Todos la miraron antes de esta marcharse, preocupados por el bienestar de la misma. La vez anterior no había quedado nada de Sara. Incluso hasta olvido bañarse por días y eso para Carla no era nada aceptable ya que convivían juntas.

Sara regreso a la mesa con las bebidas de sus invitados y tomo la orden de comida. Una de las meseras le hizo una pequeña seña, de que esa próxima mesa era para ella poder atenderla. Fue directamente a donde aquel joven de espejuelos y atento a su móvil y no su entorno.

“Hola bienvenido a Carlitas, mi nombre es Sara y le estaré sirviendo en la mañana de hoy. ¿Con que desea comenzar?” le dijo Sara. El joven no hablo, aún mantenía su mirada hacia el móvil. Al parecer no le importaba en lo absoluto el haber ido a un restaurante, supuestamente a comer, porque lo primordial para él era el móvil. Sara respiro varias veces antes de volver hablar. Eso que ese joven estaba haciendo a ella no le agradaba para nada.

“Disculpe. Señor. Que le he preguntado que desea de comer,” volvió a decir Sara. El joven levanto la mano un poco y con el dedo le pidió, lo que parecía ser un segundo. Sara no lo pensó dos veces y se fue de la mesa dejando al joven solo.

“¿Que ha pasado?” le pregunto la otra mesera.

“Creo que el joven está ocupado, cuando lo veas sin el móvil me avisas,” Sara se perdió en la cocina para dejar su orden de la mesa, que si estaban

atentos a ella, y de que probablemente le estarían dejando alguna propina, porque por lo que parecía ser, el joven del móvil no le estaría dejando nada.

“Sara, ¿donde te has metido? El chico de la mesa 11 te está buscando,” dijo Carla que llego a donde ella.

“Qué curioso, yo estaba buscándolo a él también,” dijo Sara riendo y volviendo al salón.

“¿Que dices?” pregunto Carla confundida. “Si él ha estado en la mesa 11 por más de cinco minutos,”

“Físicamente sí, pero su mente estas en otro lado. De seguro llamando a su ex novia y dejándole mensaje de voz en la grabadora de su casa,” dijo Sara viendo que el joven ya no tenía el móvil en la mano.

“Vamos déjate de cosas, que nosotros somos los únicos que tenemos teléfono en la casa y grabadora, todo es por móvil y lo sabes,” dijo Carla riendo.

‘Vale, vale, ya le hablo,” dijo Sara volviendo a la mesa y dejando atrás a Carla.

“Hola bienvenido a Carlitas, mi nombre es Sar…”

“Si ya me habéis dicho eso antes, yo quiero el especial del día,” dijo el joven.

“Sara. Mi nombre es Sara,” dijo esta con la ceja alzada.

“Enhorabuena. También me traes un vaso de agua, por favor,” dijo el joven.

“Por lo menos ha dicho por favor,” dijo Sara.

“¿Disculpe?”

“Que pensé que era un joven de pocos modales, porque desde que llego con su móvil en mano no ha hecho más que ignorar a su alrededor inclusive a la persona que ya le había atendido,” dijo Sara. El rostro del joven era de sorpresa ante la contestación de su mesera. Pero su rostro delataba algún sentido de culpa, se podía ver que le estaba dando la razón a Sara por lo mal educado que había sido.

“Me gusta mucho este restaurante, se veía de lejos la picardía, lo que no pensé fue que las meseras la incluyeran,” dijo el joven.

“Las meseras no tienen picardía solamente yo,” dijo Sara bastante enojada tomando el menú de la mesa para marcharse.

“Disculpe por lo de antes, yo metido en el móvil. Es que veras, aparte de tener un rato para poder comer en este restaurante, yo tengo vida y profesional, por tanto, disculpe por estar ocupado, no sé si sabe lo que es eso, pero mientras más rápido me traiga la comida, más rápido me alejare de usted,” dijo el joven.

“Pero es que a la verdad que usted tiene cojones,” dijo Sara con una sonrisa y en voz baja.

“¿Perdón?”

“Lo que ha escucha ‘o. Que cuando usted va a un restaurante tiene que estar atento cuando las meseras se presentan, por más ‘ocupado’ que esté usted, degenerado,” dijo Sara aun en voz tranquila y sin que nadie los escuchara. Al parecer el joven iba a responderle, pero ya Sara le había dado la espalda y estaba de camino a la cocina para entregar su orden.

“¿Que estáis hablando con el bombón de la mesa 11?” pregunto Gustavo en la silla del tope de la barra.

“Lo degenerado que es. Pero venga, salte del medio,” dijo Sara con algo de mal humor.

“¿Que ha pasa ‘o?”

“La gente que prefiere atender los artefactos electrónicos antes de atender a uno, y más cuando te están dando un servicio, joder,” dijo Sara.

“Te debo cinco euros,” dijo Karen a Estéfano en voz baja. Pero Sara escuchó y asustada ante la contestación, pregunto.

“¿De qué?”

“De cuán rápido tu humor cambiara. Hija, que es entendible que cambies de humor. Si con lo que te ha pasa ‘o, no es para menos,” dijo

“Que no, que dices, que no me ha cambiado el humor. Es que el gilipolla esté, que ya le he hablado antes y por estar en el móvil me ha ignorado,” dijo Sara.

“¡Sara! Lenguaje, por favor, que hay clientes,” dijo Karen.

“Pero es que lo es. Y después tiene la osadía de decirme que he sido yo, prácticamente,” dijo Sara.

“Deja de quejarte tanto. Ya quisiera yo que alguien como él me estuviera tratando mal,” dijo Gustavo.

“A la verdad que no dejas pasar ni una, Gustavo, ni una. Anda, vaya al café, que te has dejado tus cosas allí,” dijo Estéfano.

“Sara te han dejado este mensaje,” dijo una de las meseras que al parecer había estado atendiendo el teléfono del restaurante el cual no paraba de sonar. Sara tomó el pedazo de papel y leyó lo que estaba anotado. “Favor de llamarme lo antes posible, Verónica” una vez leído, Sara se guardó el pedazo de papel y arranco con parte de la comida, del joven del móvil.

“Aquí tenéis su comida, que le aproveche,” dijo Sara entregando la comida al joven, que en realidad no se veía tan joven una vez ella lo miro con más detenimiento a los ojos, pero lo hizo con mucha delicadeza y amabilidad.

“Gracias,” dijo el joven que también estaba mirándola a los ojos. Hubo un pequeño silencio en el cual Sara miro la mesa para saber si le hacía falta algo adicional antes de marcharse.

“Antes que te marchéis, te quería pedir algo, si no era mucha molestia,” dijo el joven.

“Diga,”

“Y claro está, si no es mucha molestia, me gustaría hablar con un gerente o la persona encargada del restaurante,” dijo el joven. Sara había bajado su guardia un poco, y por haberlo hecho no se preparó para lo que el joven le había pedido. “QUE DESCARADO, ¿QUE LE HABIA PASADO AHORA QUE QUERIA HABLAR CON UN GERENTE, PEDAZO DE…” grito Sara en su mente.

“Si claro, no hay problema. Pero antes de traerle a la dueña del restaurante, ¿Paso algo a lo que yo le pueda ayudar?” dijo Sara tragando hondo y con ganas de partirle la cara el desgraciado del móvil.

“No, no pasó nada. Gracias,” dijo el joven comenzando a comer dejándola a ella con la incertidumbre de saber que en realidad había pasado. Sara fue directamente donde Carla para dejarle saber que el joven quería verla. Momento en el cual aprovecho para irse a una esquina y utilizar su móvil, tenía que llamar a Verónica a ver qué había pasado.

“¿Que quieres?” pregunto Sara rápido que Verónica contesto la llamada.

“Tenemos que vernos, urgente,” dijo Verónica.

“Ya les he dicho que lo que tengan que hacer, lo pueden hacer, pero que no me hagan participe,” dijo Sara algo molesta.

“No es eso, Sara. Te lo prometo. Es algo peor, mucho peor, por eso mismo nos tenemos que ver, ya!” dijo Verónica quien sonaba algo preocupada.

“Hasta que no me digan, no iré a ningún lado con ustedes,” dijo Sara y a la vez escuchando la razón por la cual Verónica quería verla.

“¿Nos encontramos en el lugar de siempre?” pregunto Sara. Una vez escuchada la contestación Sara colgó la llamada decidida que tenía que ver a Verónica lo antes posible. Pero antes de poder marcharse, tenía que por lo menos, terminar con la mesa del joven del móvil.

“El joven del móvil no termino de comer,” le dijo Carla a Sara.

“¿Que le paso?”

“Recibió una llamada importante y se tuvo que marchar,” dijo Carla con una sonrisa en su rostro.

“Qué raro,” Sara sonaba más tranquila en saber que no tenía que ir a donde el joven a despedirse y podía marcharse lo antes posible.

“La próxima mesa es tuya,” dijo la otra mesera a Sara.

“Tómala tú, vengo en seguida. Carla, estaré de regreso en menos de veinte minutos. Si necesitas algo me dejas saber,” dijo Sara mirando a Carla a los ojos intentando decirle algo con la mirada, pero sin obviamente tener que decirlo en voz alta. Sara se marchó del restaurante a grandes pasos, con deseos de poder llegar a ver a Verónica, salir de ese problema, y regresar a trabajar. Comenzó a hacerse la película en su mente lo que lo había pasado, de lo que Verónica le había contado por el móvil, pero aun no podía creer que había pasado.

Llego al trabajo de Verónica, tres calles más abajo del restaurante, en una galería donde Sara había visitado semanas atrás, obviamente por situaciones diferentes y con más tiempo en sus manos.

“¿Se encuentra Verónica?” pregunto Sara a la chica que se encontraba en la entrada de la galería. De lejos Sara podía escuchar los fuertes pasos de tacos altos de Verónica que, casi, estaba corriendo por el medio de la Galería para encontrarse con Sara.

“Al fin llegas,” dijo Verónica.

“Espero que sea rápido. No dispongo de mucho tiempo,” dijo Sara quien la siguió para lo que parecía ser su oficina.

“Esto fue lo que encontré cuando abrí la Galería esta mañana,” dijo Verónica sentándose en su escritorio y oprimiendo el botón de la maquina grabadora.

“Vero, guapa, es Antonio. Llevo rato llamándote y no logro escucharte o saber cómo estáis. Yo espero que bien y sonriente como en los tiempos de antes. Que nos haríamos vosotros sin tu sonrisa, hombre que nos perderíamos. No molesto más, no se me da esto de dejar mensajes de voz en una máquina, no es lo mío. Cuando tengas la oportunidad me puedes devolver la llamada, besos,” se escuchó la voz de Antonio retumbar en la

oficina y en los oídos de Sara. Lo curioso fue sentir como si fuera un ‘Deja Vu’ en todo el mensaje, todo lo que había dicho Antonio, Sara ya lo había escuchado, lo que la ponía a ella, hirviendo la sangre.

“¿Y bien?” pregunto Verónica.

“Es el mismo mensaje que me dejo esta mañana,” dijo Sara sentándose en la silla frente al escritorio.

“¡Mientes!” casi grito Verónica al enterarse.

“No miento. Que lo he escuchado esta mañana. Me tomo de sorpresa, así como te tomó a ti,” dijo Sara pensando en razones por las cuales Antonio haría semejante cosa.

“A mí no solamente me sorprendió, Amanda quedo loca esta mañana,” dijo Verónica.

“¿Amanda recibió el mismo mensaje?” pregunto Sara ahora más preocupada.

“El mismo. Ambas pensamos que las demás también recibieron el mensaje. Aun no sé cómo se las ingenió para enviar el mismo mensaje el mismo día a solo minutos de diferencia,” dijo Verónica.

“Hay máquinas para eso o simplemente es un pedazo de cabron que logro hacerlo a tiempo,” dijo Sara.

“¿Y qué opinas?”

“Opino que debemos de hablar con ellas, necesitamos saber quién se comunicó con él, quien le respondió el mensaje y quien aún no lo ha recibido,” dijo Sara quien se levantó de la silla con móvil en mano lista para realizar algunas llamadas.

“¿A quien llamo?” pregunto Verónica.

“A todas. A todas del montón, a esas 10 mujeres que han sido seducidas por Antonio y jodidas a la misma vez,” dijo Sara marchándose de la oficina de

Verónica mientras marcaba a alguien en su móvil.

“¿Martin? Hola que tal, es Sara. Espero no estar molestando, pero necesito un favor tuyo. ¿Crees posible que podamos utilizar tu oficina para reunirnos?” pregunto Sara hablando con el tal Martin. La chica ya había salido de la Galería he iba devuelta a su trabajo en el restaurante. “Las chicas del montón,”

3:00pm
Oficina de Martín

Sara había llegado a la oficina de su amigo Martín. Y como era de esperarse casi todas las chicas estaban allí presentes, como si fuera un grupo de apoyo, de alcohólicas o drogadictas. En este caso, de mujeres que habían sido abusadas por el mismo hombre, Antonio.

“Al fin llegas,” dijo Verónica quien se notaba que estaba algo histérica y nerviosa.

“Trafico,”

“Si necesitan algo me dejáis saber, estaré en mi despacho. Oye, y ni una sola palabra a Gustavo, ¿vale?,” dijo Martín a Sara casi al oído.

“¿No quieres que se entere de lo bueno que eres?” pregunto Sara casi riendo.

“Él sabe lo bueno que soy y hasta más que eso. Pero sabes que él no aprueba lo que estás haciendo. Quiero mantener la paz y orden,” dijo Martín.

“Suenas a político,” dijo Sara.

“Sueno a enamorado que es diferente. Y no quiero lagrimas a la primera que salga alguien de aquí, llorando, gritando he pensado en que se quieren quitar la vida, cancelo todo, ¿Vale?” pregunto Martín riendo.

“Vale. La única que puede hacer esas cosas soy yo,” dijo Sara.

“¿Y eso?”

“No controlare tu vida sexual, pero si puedo controlar tu vida amorosa,” dijo Sara con gran picardía en su mirada.

“Llena de maldad y mucho veneno. Si me gustaran las mujeres tu y yo estaríamos juntos,” dijo Martín dándole un beso en la boca a su amiga y marchándose. Sara se quedó allí, con once mujeres sentadas en una oficina que se usaba para realizar ‘conferencias’ de cosas que realmente eran importantes. Pero debido a lo que estaba sucediendo ese día, se ameritaba una reunión formal y no en una cafetería donde todo el mundo las pudiera escuchar.

“Gracias a todas por venir. Y en tan poco tiempo. Sé que muchas de ustedes han dejado de trabajar por estar aquí, por tanto, Gracias,” dijo Sara mirando a cada una de ellas. Anteriormente, en las circunstancias en las que ella se encontraba, las hubiera mirado enojada, debido a lo que representaba cada una de ellas. Y es que, aparte de tener nombres, familiares y demás, cada una de ellas representaba una fecha en particular un orden cronológico. Y obviamente sin Antonio darse cuenta.

Y Amanda era la primera.

“Amanda. ¿Tu recibiste el mensaje?” pregunto Sara.

“Si. Es el mismo que todas vosotras. El gilipolla a usado una máquina para poder hacerlo,” comento Amanda.

“¿Como sabes?” pregunto Sara.

“Un amigo es técnico en donde trabajo. Me dijo que la única manera de hacerlo en tan poco tiempo es que lo hubiera pre grabado primero. El día antes para ser más exactos,” dijo Paulina, una mujer alta y rubia en la esquina.

“¿Cual fue tu hora?” pregunto Sara mirando a Amanda.

“9:05am de hoy,” dijo Amanda.

“La mía fue a las 9:00am, lo que quiere decir que, Magdalena, ¿Haz sido tú la última?” pregunto Sara mirando a una mujer en la otra esquina de la

mesa de pelo negro corto y espejuelos.

“Entiendo que sí. Que me ha dejado el mensaje a las 9:30am,” dijo Magdalena. Sara se quedó contemplando lo mencionado. La información estaba ahí frente a ellos. Pero lo que realmente no le estaba gustando era el giro tan drástico que estaba tomando su situación.

“¿Alguna de ustedes lo ha llamado?” pregunto Sara mirándolas a todas. Nadie hablo, nadie alzo ninguna mano, solamente se quedaron mirando a Sara al rostro.

“Bien,” dijo Sara.

“Yo le llame. Bueno, no de mi teléfono y mucho menos de mi móvil. Le llame de un teléfono de una amiga, dos horas más tarde. Quería saber si en efecto era él. Si en serio quería hablar conmigo, he sido débil, joder que lo sé. Pero no me pude contener, no pude parar, pero agraciadamente no contesto,” dijo Alex que era otra de las chicas de pelo negro largo, de rostro perfilado. Sara la observo con algo de pena en su rostro. Alex siempre había sido la más débil del grupo. La que una vez escuchaba la voz de Antonio su mundo se le venía abajo, aunque ella no era la única. Sara también se sentía así, pero no podía demostrárselo a nadie, A NADIE. Gustavo y Carla serían los primeros en hacerla entrar en razón y no de la mejor manera.

“Tranquila Alex, esas cosas ocurren. Lo importante es que no llegaste a hablar con él,” dijo Sara. Alex miraba a las demás chicas con algo de vergüenza por haber llamado al bastardo de Antonio. Pero tenía que hacerlo, antes de que ellas mismas se dieran cuenta.

“Aparte de saber quiénes contestaron y recibieron el mensaje de Antonio. ¿Para otra cosa nos habéis llamado?” pregunto Helena, otra de las chicas más cercanas a Sara.

“Si. No sé si todas estas claras en lo que realmente somos y porque nos reunimos..”

“Pensé que ya no querías ser parte de nosotras,” dijo Verónica.

“Tengo mis razones para haber pensado en eso. Es muy doloroso saber quiénes son ustedes. No como mujeres, ya que sé que son tremendas

mujeres, pero si como las ‘otras’ de Antonio, cuando él y yo manteníamos una relación de muchos años. No es nada fácil enterarte que habían más que tú, sin contar las que hay antes de mí. Pero esta mañana luego de haber dialogado conmigo misma, sobre este tema, llegue a la conclusión, de que necesitamos unirnos más que nunca, y no volver a caer en la tentación de Antonio. No ser una más del montón, darnos a respetar, darnos nuestro puesto en esta situación y en las próximas por venir. Pero, sobre todo, darle no hacer nada en contra de Antonio. Yo creo mucho en el Karma, creo en que todo lo negativo que vayamos a hacer, regresara a nosotros más fuerte y más peligroso. Ustedes no tienen culpa, nosotras no tenemos culpa del cómo es Antonio, de cómo nos engañó haciéndonos creer la única, la que realmente merecía la pena, con la que él no podía vivir. Nos hizo creer que éramos "Una del Montón”, la indicada y la más importante en su vida. Cuando en efecto, lo grababa para volverlo a repetir al día siguiente. Nosotras tenemos que estar unidas y seguir hacia delante. Seguir nuestras metas y volvernos a enamorar,” dijo Sara que sentía un pequeño taco en su garganta. Intento disimularlo, pero alguna de las chicas se dio cuenta, no le menciono nada, la dejo ser ella por ese momento, mientras que las demás chicas se miraban listas para marcharse. Hasta que la puerta del salón de conferencias se abrió y allí estaba Gustavo, con su rostro enfurecido, listo para discutir con su amiga.

“Sabía que estabas aquí. Me puedes explicar ¿qué DEMONIOS haces?” pregunto y casi grito Gustavo. Martín estaba detrás del el, avergonzado de lo que estaba ocurriendo, ya que no había sido culpa de él, Gustavo había encontrado la manera de saber dónde su mejor amiga se encontraba.

“¿Que quieres que te diga? No me excusare de lo que hice,” dijo Sara en las afueras del edificio donde Martín trabaja. Ambos chicos estaban a cada extremo de Sara, al parecer intentando obtener información de ella.

“No, pero mínimo decirle porque estabas con ellas ahí,” dijo Gustavo. Los tres caminaban por la calle mientras se podía ver de lejos como las diez chicas se marchaban en diferentes direcciones.

“Se me olvida que eres mi esposo,” dijo Sara riendo.

“Joder que soy más que eso. Atiéndeme,” dijo Gustavo agarrando el brazo de la chica paras tenerla.

“Me da miedo lo que haces, Sara. Te todas las chicas del montón tu eres la primera, el primer número eres tú,” dijo Gustavo.

“Que sepamos nosotros,” dijo Sara.

“De este grupo de chicas, lo eres. No es fácil saber que tu prometido tenía un montón de mujeres a su disposición. Temo que esto sea mucho para ti, que comiences a dar pasos hacia atrás,” dijo Gustavo. Martín estaba escuchando todo, pero bastante sorprendido con el drama de Sara.

“Sé que te preocupas. Te lo agradezco, pero nosotras lo necesitamos. Necesitamos saber que nos apoyamos entre nosotras para poder salir hacia delante,” dijo Sara quien continúo caminando por la calle dejando a los dos chicos allí, mirándola marcharse.

“Ella es más difícil que tú,” dijo Martín.

“Y tú. ¿Porque no me habéis avisado?” pregunto Gustavo.

“Me dijo que no le dijera a nadie,”

“¿Ha sido está la primera vez?”

“Si…” dijo Martín pensando un poco en su respuesta.

“Joder, y para terminar me mientes. Dormirás en el sofá por una semana,” dijo Gustavo marchándose.

“¿Ah sí? Pues no te hare desayuno en las mañanas,”

“Total, si cocinas malísimo,” le grito Gustavo mientras dejaba a Martín allí en la calle solo. El joven quedo sorprendido con lo que su novio le había dicho, pero el más que nadie sabía que Gustavo no mentía, era muy cierto.

Segundo Día
10:15am
Restaurante de Carla

“Te tengo una mala noticia,” le dijo Estéfano a Sara.

“¿Que?”

“El joven del móvil está aquí de nuevo,” dijo el chico en la barra.

“Mientes,”

“No miento. Lo peor de todo es que ha pedido que seas tú quien lo atienda,” dijo Carla. Ambas se hablaban bien, después de Carla haberse enterado que Sara mantenía contacto con las del montón. Pero si quedaban algunos, ‘temas’ por tocar que hasta algunas veces las ponía en situaciones incomodas. Sara sabía que sus amigos querían lo mejor para ella, pero para ella, el ayudarlas y saber de ellas directamente, la estaba ayudando, aunque el día anterior no quería saber de ninguna de ellas. ¿Porque había cambiado repentinamente de parecer? ¿Cuál era el propósito? Sara fue directamente a donde el joven del móvil, el cual se encontraba sentado en la misma mesa que el día anterior. Pero esta vez, el joven no tenía el móvil en su mano, solamente miraba como Sara llegaba a su mesa para ser atendido.

“Hola bienvenido a Carlitas, mi nombre es Sara y le estaré sirviendo en la mañana de hoy. ¿Con que desea comenzar?” dijo Sara sin mirarlo mucho a los ojos.

“¿Eres así de fría en las mañanas?” pregunto el joven.

‘Solamente con los clientes ignorantes como usted. A ver ¿que deseas de comer?”

“Lo mismo de ayer, si es posible,” dijo el joven.

“Vale, ¿Algo más con su orden?” pregunto Sara ignorando por completo aquellos ojos verdes que la estaban mirando.

“Tu número de teléfono con esa orden me vendría muy bien,” dijo el joven más sonriente que antes.

“¿Disculpa?”

“¿Sabes lo que es un número telefónico? o ¿No tenéis ninguno? Oye ¿y como te comunicas con los demás? ¿Señales de humo?” Sara no sabía como contestarle el imbécil del móvil. Sabía que aun tenía que tratarlo como un cliente, pero no tenía que ser su mesera.

“¿Qué tal si te buscas otra mesera? Creo que te vendrá bien tu actitud con otra persona y no conmigo. ¿Te parece gilipollas?” dijo Sara sonriendo y en voz tranquila. El joven se quedó callado, pero con una gran sonrisa en su rostro. Como si fuera la reacción que él estuviera esperando. Sara no entendía porque el joven sonreía, ¿Estaba demente el chico?

“Aun no me has preguntado mi nombre,” dijo el joven.

“¿Y porque quiero saber tu nombre?” pregunto Sara.

“Para cuando me llames o salgamos. ¿Como te vas a dirigir hacia mi si no tienes mi nombre?”

“Quítate de la cabeza que saldremos, es lo primero. Y la mejor manera que tengo para dirigirme hacia usted, es de señor. Que quede claro, ¿Vale?” dijo Sara ya molesta con el joven mal educado.

“No hay problema, Sara. El día que sepas mi nombre es el día que saldremos a comer, juntos,” el joven miraba a Sara detenidamente, como si con su mirada intentara decirle su nombre. Pero se quedó callado y espero pacientemente por la comida. Una vez Sara regreso a entregar la orden, sus amigos la esperaban, ansiosos por enterarse de la conversación.

“¿Que?” pregunto Sara.

“¿Que ha querido el joven del móvil?” pregunto Karen.

“¿Follarte?” pregunto Carla riendo.

“¿Salir contigo?” pregunto Estéfano.

“¿Enamorarte?” pregunto Gustavo.

“¿O simplemente joder?” pregunto la otra mesera que había escuchado la conversación.

“Simplemente joder. ¿Ustedes no tienen más nada que hacer?” pregunto Sara viendo la cocina, la misma estaba tranquila, la mañana estaba mucho más tranquila que el día anterior.

“Siempre recuerda que lo que te pase a ti es entretenimiento para nosotros,” dijo Gustavo riendo.

“Quiere mi número de teléfono,” dijo Sara.

“¿Perdón?” pregunto histérico Gustavo.

“Como me habéis escuchado. Creo que quiere salir conmigo,” dijo esta no dándole mucho dolor a la situación.

“¿Se lo has dado?” pregunto Carla.

“¿Para qué? Si el hombre es un pesado,” dijo Sara.

“¿Como que para qué? Con lo guapo que esta. Si no se lo das tú, se lo doy yo,” dijo Gustavo.

“No es tan guapo como dices. Y me gustaría recordarte a alguien, Martín, ¡MARTÍN!,” le grito Sara a Gustavo.

“Si yo sé quién es el, muchas gracias. Y gracias a ti el está durmiendo en el sofá,” dijo Gustavo quien volvió a enfadarse con su amiga.

“¿A mí? Quien tomó la decisión fuiste tú, nadie más,” dijo Sara.

“Volviendo al tema importante. Ya la comida esta, llévale tú número,” dijo Estéfano.

“He dicho que no. Además, con el restaurante y mi escritura, casi no tengo tiempo para nada,” dijo Sara llevándose la comida para entregarla al joven del móvil.

7:00pm
Apartamento de Sara

El día había sido tan agotador para todos, que una vez termino su turno en el restaurante, Sara y Carla se fueron para su apartamento a descansar. Sara tenía que leer unos artículos para su próximo reportaje, pero sabía que estaba muy cansada para poder hacerlo. Sabía que una vez pusiera sus ojos en esas letras pequeñas del libro de Investigación Política, se quedaría dormida rápidamente. Carla preparaba algo de comer y Sara se encontraba sentada frente a la televisión. La misma no estaba encendida, solamente se veía ella, su reflejo de un rostro que ella misma desconocía. Sara estaba pensando en muchas cosas a la vez. Tanto así que no sabía si moverse o seguir pensando en eso que la cegaba por completo y lo peor de todo es que eso tenía nombre, Antonio González.

Comenzó a recordar cuando se enteró por primera vez que, Antonio, mantenía una relación con varias mujeres a la vez, mujeres que, según él, no sabía quiénes eran. No sabía porque en su móvil mantenía esos mensajes de texto de esas mujeres. Lo peor no fue que Sara supiera el secreto de Antonio, lo peor es que eran diez mujeres más. ¿Como había el encontrado tiempo para estar con once mujeres a la vez? A duras penas Sara tenía tiempo para tener, dos trabajos y vida social, como él había logrado manejar el tener once relaciones, dedicarles tiempo y lo peor, mantener un trabajo y vida social. Definitivamente que Antonio para Sara, era un Dios.

Todos los pensamientos de Sara habían logrado, y a la vez, que ella se quedara completamente inmóvil en el sillón. Ella podía escuchar como Carla le estaba hablando de fondo, pero no le estaba prestando mucha atención, no sabía que estaba diciendo, pero una cosa si tenía clara, tenía que dejar de pensar en esas cosas y en Antonio lo antes posible, antes de que fuera demasiado tarde.

“¿Piensas comer?” pregunto Carla mirando a Sara. Ella no contesto, aun no se bajaba de aquella nube en la que se encontraba.

“¡Sara!” le grito la misma.

“¿Que quieres?”

“Te he preguntado si vas a comer. ¿Que hacías?”

“Pensando,”

“¿En qué?”

“En nada en particular,”

“Pendejadas, probablemente en pendejadas. Te puesto dos euros a que estabas pensando en Antonio,” dijo Carla tomándola de la mano y levantándole del sillón.

“No sé qué de hablas,”

“Yo no me chupo el dedo, Sara. Yo te conozco más a ti de lo que tú piensas,”

“Si me conoces tanto como dices, sabes que me dejarías tranquila, por el momento,” dijo Sara.

“Sería lo más correcto en hacer, pero no. No te voy a hacer la vida más fácil porque simplemente queréis recordar viejos y horrendos momentos con Antonio,” dijo Carla.

“No todos fueron malos,”

“¡Viste! Sabía que estabas pensando en él. Descarada, ¿tu sabes todo el daño que te hizo él? Pero es que ¿te quieres seguir rebajando a el?”

“Joder, que solamente estoy pensando en él, no es que voy a llamarlo o a verlo,” dijo Sara molesta caminando hacia la cocina.

“Todo es lo mismo. Si antes te tenía un ojo echado y velaba por ti, ahora será peor. Que te cansaras de mí, mira que te lo digo,” dijo Carla sirviendo la comida.

“Agradece que te quiero. Llegas ser una de esas del restaurante que no soporto, a la mierda te hubiera enviado,” dijo Sara.

“Tú no puedes vivir sin mí, déjate te espectáculos,” dijo Carla escuchando que alguien estaba tocando a la puerta.

“Puede ser, pero cuando te cases o encuentres al hombre de tu vida, me dejaras aquí sola,” dijo Sara en dirección hacia la puerta.

“¿Y quien te dijo a ti que tú te ibas a quedar con el apartamento?” pregunto Carla riéndose. Sara abrir la puerta llevándose la sorpresa de su vida.

“¿Que hacéis aquí?” pregunto Sara preocupada. En ese instante Carla llego también a la puerta observando detenidamente quien estaba en la puerta.

“Disculpa el haber venido aquí,” dijo Verónica.

“No tenéis que disculparte, pero ¿Ha pasado algo?” pregunto Sara.

“Paso un grave accidente. No sabía si llamarte y dejártelo saber, pero he decidido venir y decírtelo en persona,” dijo Verónica bastante pálida. Sara no conocía mucho a Verónica, pero no tenía por qué dudar de ella sobre la información que le brindo a continuación. Sara, Carla y Verónica salieron del apartamento en dirección hacia el hospital.

7:45pm
Hospital Quirón San Camilo

Las tres habían llegado lo más rápido posible al hospital donde al parecer le daba la razón a Verónica. En el cuarto donde entraron allí estaban todas, las restantes nueve mujeres del montón.

“Con que era cierto,” dijo Sara observando quien estaba en la cama. Carla observo el resto de las chicas, muchas de ellas con lágrimas en sus ojos, otras miraban a Antonio con mucho odio y felicidad a la vez.

“¿Pensabas que te había mentido?” pregunto Verónica.

“No, era que no me lo podía creer,” dijo Sara mirando lo tranquilo que se veía Antonio acostado en esa camilla. Antonio era un hombre que no se estaba quieto ni un solo momento, siempre en constante movimiento, y verlo allí, tirado en aquella camilla del hospital era un poco chocante.

“¿Que ha pasado?” pregunto ella mirando a Verónica que tenía más cerca. Pero en termino contestándole, Helena, otra de las del montón.

“Llamaron a Eva, y le dijeron que había tenido un accidente. Un motociclista lo impacto dejándolo en estas condiciones,” dijo Helena. Sara en ese momento busco la mirada de Eva, y la misma se encontraba lo más alejada de Antonio posible. Su rostro era de mucha inquietud y lo peor sus ojos llorosos como si llevara horas.

“¿Porque te han llamado a ti?” pregunto Sara.

“No tengo idea,” dijo Eva mirando a su alrededor mientras que otra joven llamada, Andrea, la sobaba por la espalda para consolarla.

“¿Se pondrá mejor?” pregunto Sara.

“Los médicos dicen que es solo cuestión de tiempo. Pero que está en coma,” dijo Verónica. Sara se quedó pensativa ante todo lo que estaba ocurriendo. Pero tenía que pensar positivamente, tenía que pasar por alto lo que estaba pasando y buscar alternativas.

“Hablare con el doctor, necesitamos saber más información,” dijo Sara a punto de marcharse.

“Es inútil, no quieren brindar más información,” dijo Amanda.

“¿Y eso por qué?” pregunto Sara.

“Ninguna de nosotras está casada con él y ninguna de nosotras es familiar,” dijo Verónica. Sara se quedó pensativa, en efecto ninguna de ellas estaba casada con él y mucho menos eran familiares.

“Solamente nos brindaron información breve sin mucho detalle. Pero yo creo que el coma de él durara mucho,” dijo Estefanía, otra de las del montón.

“¿Porque lo dices?” pregunto Verónica.

“He escuchado a una de las enfermeras en el baño. Además, mi hermana es enfermera y le he enviado información para que me dejara saber,” dijo Estefanía.

“Creo que lo mejor que podemos hacer es dejarlo aquí. Turnarnos para venir aquí y estar con él un tiempo, en caso que despierte,” dijo Sara.

“¿Perdón?” dijo Carla algo molesta.

“Es lo mejor para todas,” dijo Sara.

“Es una pésima idea. Todas ustedes, ‘las del montón’ quieren olvidarlo y salir de él, bueno este es su momento,” dijo Carla un poco cruda.

“¿Que dices?” pregunto Paulina.

“Por más horrible que suene, ahora no las molestara a ninguna de ustedes. Antonio González está en coma y hasta el momento es lo mejor que les

puede pasar, a todas," dijo Carla observando específicamente a Sara.

"¿Suena un poco cruel no crees?" pregunto Sara.

"Cruel o no, creo que soy la única que está viendo el lado positivo a la situación," dijo Carla. Todas se quedaron pensativas por unos minutos. Como era posible que Carla estuviera pensando de esa manera, pero para Sara, Carla que era su mejor amiga, había dicho cosas peores, por tanto, no le sorprendía mucho. Todas se fueron marchando poco a poco, dejando a Antonio solo en aquella camilla, entubado y pálido.

"Es hora de irnos," dijo Carla a Sara. Esta estaba al lado de Eva y Alex que estaban agarrando la mano de Antonio sin soltarla en ningún momento.

"Se ve tan, tranquilo, inspira paz," dijo Alex.

"Paz es lo menos que nos ha brindado, Alex. No te dejes engañar por sus facciones," dijo Sara decidida hacer fuerte como Carla, aunque fallara en el intento, porque en lo único que estaba pensando Sara era en, poder besar a Antonio hasta hacerlo despertar. Como si ella fuera a romper ese hechizo que solamente se puede romper con el beso del verdadero amor. Aunque luego de pensarlo varias veces encontró lo estúpido que sería eso, ya que el verdadero amor para Antonio se encontraba en once mujeres.

"¿Él tiene algún familiar?" pregunto Eva a Sara.

"Hasta donde tengo entendido ninguno vive aquí," dijo Sara. Ella no tenía muchas ganas de hablar en ese momento. Podía sentí como si continuaba hablando la voz se le iba a entrecortar. Ella tenía que salir de ese hospital en ese instante.

"¿Nos vamos?" pregunto Carla dando a entender que le había leído la mente.

El marcharse del hospital en dirección hacia su casa le había venido bien a Sara. El ver a Antonio después de varios meses no había sido bueno para ella, pero lo peor había sido el ver a las del montón todas juntas con él en la misma habitación. Eso había sido la primera vez en la historia, lástima que

él no tenía idea de que todas se conocían y de que no estaba en sus capacidades mentales para estar despierto en esa habitación del hospital.

Sara comenzó a recordar la vez que ambos estuvieron en el hospital, juntos. Fue la vez que Sara pensó que estaba embarazada. Había sido un gran susto para ambos, para Sara porque ella no quería tenerlo aun sin por lo menos haber estado casada con Antonio y tener una casa más grande, pero Antonio porque al parecer no quería tener la responsabilidad de tener un hijo. También porque le había mencionado a Sara, un sinnúmero de veces que él no quería ser padre, NUNCA. Cosa que puso muy nerviosa a Sara en ese mismo hospital en el que Antonio estaba recluido. Pero agraciadamente, para ambos, se dio a conocer que no estaba en realidad embarazada, que solamente tenía su periodo tarde. Por tanto, ambos se marcharon, agradeciendo a Dios por haber escuchado sus plegarias. Varios meses después, Sara se enteró de que Antonio tenia a diez mujeres, pero ya para eso tendremos tiempo de sobra para explicar.

Tercer Día
6:45am
Hospital Quirón San Camilo

Sara había llegado al hospital muy temprano. Se tuvo que levantar más temprano que Carla para que ella no se enterara que estaría pasando a ver a Antonio antes de ir a trabajar. Caminaba por los pasillos del hospital, mirando de vez en cuando dentro de las habitaciones, pensando en lo difícil que tenía que ser para los familiares el ver a sus seres queridos dentro en esas condiciones. Comenzó a sentirse triste por Antonio, triste porque no sabía si su familia tendría conocimiento de que él se encontraba en esas condiciones. Pero a la vez se comenzó a sentir enfadada con ella misma. Ella quería estar allí con él en caso de que se levantara y no se encontrara solo en aquella habitación. Una vez entro a la habitación se llevó la gran sorpresa de que Antonio no estaba solo.

"¿Que hacéis aquí?" pregunto Sara mirando a Eva que estaba sentada en el sillón pegado la cama de Antonio. Eva se levantó rápido del sillón algo asustada.

"He llegado temprano para saber si necesitaba algo," dijo Eva mintiendo.

"Para eso están las enfermeras. Y tú has pasado la noche aquí," dijo Sara observando a su alrededor. Eva no le quedó más remedio que volver a sentarse en el sillón y confesarse.

"Que me has pilla 'o," dijo Eva amarrándose el pelo. Sara pudo ver en ese instante unas marcas extrañas en el cuello al igual que los ojos de Eva los pudo ver mejor. La misma parece haber estado llorando por horas en esa habitación.

"¿Que te ha pasado?" pregunto Sara buscando otro sillón para sentarse.

“Si te cuento. Debes de jurarme que no le dirás a nadie, ¿Me lo juras?” pregunto Eva a punto de llorar.

“Te lo prometo,” dijo Sara preocupada por lo que Eva le iba a contar. Algo malo tenía que ser porque para haber estado llorando o para hacer de eso una situación, tenía que ser grave.

“Yo estaba con Antonio cuando tuvo el accidente,” dijo Eva llorando. Sara en ese momento le surgieron tantas preguntas a la vez que no sabía por dónde empezar.

“¿Como?”

“Yo le devolví la llamada a Antonio ese mismo día y quedamos en encontraron al día siguiente,” dijo Eva. Sara tuvo más preguntas aun, pero no sabía cómo poder hacerlas sin herirle los sentimientos de Eva, aunque para ella no fueran de suma importancia.

“¿Que más paso?”

“Nos encontramos en su restaurante favorito y allí hablamos. Yo no quería Sara, te lo juro que yo no quería verlo. Pero algo se había apoderado de mí, algo fuera de mi control. Hablamos de nosotros y de que pasos tendríamos que seguir para poder estar juntos de nuevo,” dijo Eva. Sara lo único que le venía a la mente era, ‘de qué manera podía matar a Eva dentro del hospital sin que nadie se diera cuenta’ realmente era imposible, pero tenía que por lo menos buscar otras alternativas para entonces intentarlo. Luego pensó en lo difícil que sería vivir su vida dentro de la cárcel y se le paso. Dejó esos pensamientos pecaminosos y volvió al tema principal.

“Te entiendo cuando dices que fue algo fuera de tu control. Me ha pasado tanto que puedes estar tranquila con eso,” dijo Sara tratando de no mostrar sus verdaderos colores ante ella. Eva miro hacia el suelo antes de continuar con su historia.

“Hablamos de ir a vivir juntos, hablamos del futuro,” dijo Eva llorando. “No debería de estar contándote estas cosas Sara. Lo menos que yo quiero es ser parte de tu dolor,”

“Tienes que contarme para poder ayudarte. Olvida mi dolor, olvida del cómo me siento. Olvida si lo que estas apunto de decirme pueda romperme el corazón. Al final seré yo quien lo arregle, al final seré yo quien tenga un corazón roto lleno de amargura he infidelidad,” dijo Sara con un taco en su garganta. Sabia más o menos lo que Eva le estaría diciendo. Sabía que Antonio y Eva era la pareja que más sonaba cuando las primeras reuniones se habían llevado acabo.

“Yo no quería decirle que, si a lo que me estaba proponiendo, yo no quería decirle que si a tener una vida juntos, cuando en mi interior sabía que había once mujeres más que probablemente él les estaría diciendo lo mismo,” dijo Eva respirando más fuerte para la próxima parte. “Le dije Sara, le dije de nosotras, le conté todo, le conté que somos las del montón,” dijo Eva llorando aún más. Sara trago profundo y sorprendida porque eso sí que no se lo esperaba. No se esperaba en ningún momento que Antonio tenía conocimiento de que todas sus mujeres se conocían. Como Antonio había logrado hacerle daño a tantas personas, mujeres buenas y de corazón puro. Mujeres luchadoras que realmente lo que querían encontrar era amor a primera vista. Tener ese hombre con el cual pudieran contar en las buenas y en las malas. Pero ninguna pensó que ese hombre, ese príncipe azul, tendría once princesas.

“¿Que más pasó?”

“Se lo dije fuera del restaurante. Con miedo de que fuera a hacer algún tipo de escena. Pero creo que fue lo peor,” dijo Eva llorando aún más. Sara en ese momento entendió un poco más lo que realmente había pasado. El problema era, si en efecto Sara estaba en lo correcto. “El empezó hacer miles de preguntas. Preguntas relacionadas a nosotras, donde nos reuníamos, de que hablábamos, en fin, quería saber toda la información posible de las del montón. Obviamente no le dije mucho, solamente le dije que para nosotros dos poder estar juntos, tendría que él dejar de hablarle o

estar con las demás diez. Y ahí.. fue que paso… ahí fue que Antonio perdió el control. El me pego, me dio en la carretera de camino a buscar su coche," dijo Eva dejando ver sus marcas por el cuello. Sara comenzó a llorar con ella, sentía por alguna extraña razón el dolor de ella. Como si en realidad le hubiera pasado a ella y no a Eva. ¿Como era posible que el descarado de Antonio alzara la mano para pegarle a ella? Era cierto lo que decían, no todo era color de rosa, y por más que uno conociera a una persona no te daba la seguridad completa de que no fuera hacer ese tipo de cosas. Sara se levantó de su sillón y abrazo a Eva en forma consoladora.

"Tranquila que todo va a estar bien," dijo Sara mintiendo.

"Eso no es todo. Yo sé lo que le paso a Antonio," dijo Eva llorando aún más.

"Fue un accidente de carro, ¿No?"

"No. He sido yo. Yo lo empuje tratando de defenderme, yo lo empuje a la carretera donde fue impactado. He sido yo la causante de que Antonio este aquí, en coma. No fue ningún accidente, yo lo hice. Yo no podía soportar que me estuviera dando. Pero tampoco podía soportar que Antonio eligiera a otra mujer del montón que no fuera yo," dijo Eva. Sara la soltó de sus brazos para darle espacio, para ella y para Eva. Necesitaba pensar mejor la información que se le había dado. Pero no lo pudo hacer, alguien más había entrado a la habitación.

"Señoras buenos días, soy el Doctor Castelló, vengo a ver al paciente, Antonio González," dijo el doctor que acaba de entrar. Sara le estaba dando la espalda aún estaba muy preocupada por Eva y enfadada a la misma vez. Miraba a Eva y luego a Antonio pensando en muchas cosas a la vez, ahora si era buena idea matar a Eva y Antonio a la vez, para que estuvieran juntos en el cielo, en el caso de ellos dos, en el mismo infierno.

Los pensamientos de Sara quedaron anulados cuando vio al doctor. Cuando vio en efecto quien era. El Dr. Castelló también se quedó sorprendido con ver quien estaba en ese cuarto, el color de piel cambio por completo dejando al descubierto, vulnerabilidad.

“¿Sara?” dijo el doctor.

“El joven del móvil,” dijo Sara.

“¿Disculpa?” pregunto el doctor algo confundido.

“Así te llamamos en el restaurante,” dijo Sara sentándose bien en el sillón. Eva miraba lo que estaba ocurriendo un poco curiosa, pensando en donde esos dos se conocían.

“El joven del móvil, qué curioso,” dijo el Dr. Castelló observando el monitor de Antonio.

“No sabía que eras doctor,” dijo Sara.

“Realmente no sabéis nada de mí,” dijo el Dr. Castelló observando detenidamente a Sara. Eva se sentía en ese momento demás, como si tuviera que salir de allí lo antes posible he no interrumpir la conversación. Esa conversación que aún no se había concretado.

“Solamente sé que no le prestáis mucha atención a las meseras en los restaurantes. ¿Lo mismo pasa en tu trabajo? ¿No le prestas atención a los pacientes?” pregunto Sara utilizando obviamente el sarcasmo primero. El Dr. Castelló se tuvo que reír en ese momento y por alguna extraña razón Sara hizo lo mismo. Se tuvo que reír debido a que sonó algo cómico dentro de la situación que se encontraban ambos, frente a Eva que estaba escuchando toda la conversación.

“Hay una gran diferencia. Aquí me pagan por atender a mis pacientes allá tengo que tengo que pagar por servicios, es un poco diferente,” dijo el Dr. Castelló riendo un poco.

“Te entiendo, haría lo mismo,” dijo Sara riendo. Hubo un pequeño momento de silencio en el cual el Dr. Castelló miraba el monitor de Antonio y anotaba en su libreta cosas relacionadas al paciente.

“Tenemos entonces más en común de lo que pensabas,” dijo el doctor.

“En realidad no pensaba que tuviéramos algo en común,”

“Por lo menos somos humanos, comemos, salimos, respiramos, son cosas que, si tenemos en común,” dijo el doctor.

“Creo que eso sería lo único que tendríamos en común,” dijo Sara. El Dr. Castelló miro a Sara directamente a los ojos con una sonrisa media extraña, o eso pensaba Sara. En ese momento entro a la habitación dos personas que Sara no pensó ver allí, tan temprano en la mañana.

“Te dije que estaba aquí, TE LO DIJE,” dijo Gustavo a Carla. Ambos miraron a Sara bastante molestos, como padres que se enteraron que su hija se había marchado con su novio para tener sexo o si hubieran cachado a su hija consumiendo drogas.

“¿Que hacen ustedes aquí?” pregunto Sara levantándose del sillón

“¿Que hacemos aquí? ¿Que haces tú aquí?” preguntó Carla. Pero las preguntas quedaron en el olvido rápido que ella vio quien más estaba allí y no estamos hablando de Eva.

“El joven del móvil,” dijo Carla. Gustavo en ese momento se intentó arreglar la camisa como si fuera importante para el que el joven del móvil lo viera arreglado y guapo.

“Carla, Gustavo, él es el Dr. Castelló, alias el joven del móvil,” dijo Sara sonrojada. Gustavo fue el primero en ir a saludarle. Carla mientras se quedó un poco alejada pero aun así lo saludo.

“Para mi sorpresa, el joven no es tan joven al parecer y es el doctor de Antonio,” dijo Sara.

“Fue una sorpresa para todos,” dijo el doctor.

“Sorpresa es verlos a ustedes aquí,” dijo Sara.

“Por más ‘grato’ que haya sido este encuentro, debemos de irnos. No debéis de estar aquí,” dijo Carla.

“Solamente pasé para saber cómo estaba, nada más. Eva y yo ya nos íbamos, ¿Verdad Eva?” dijo Sara mirando a la chica detenidamente. Eva se

movió en dirección hacia Sara para marcharse lo antes posible.

“¿Ustedes son familiares del Sr. González?” pregunto el doctor.

“No. Ella es la ex novia del Sr. González,” dijo Sara mirando a Eva.

“Vaya. Pensé que eras familia de él, se parecen un poco,” dijo el doctor.

“Sería un poco raro que se parecieran y también salieran juntos,” dijo Eva. Sara trago hondo en ese momento, no pensé que estaría teniendo este tipo de conversación por primera vez y con el doctor de Antonio, el joven de móvil. En ningún momento las del montón decían, frente a otras personas, que todas hablan sido novias de Antonio y al parecer eso era lo que estaba Eva a punto de hacer.

“¿Disculpa?” pregunto el doctor.

“Sara también es la ex novia de Antonio,” dijo Eva tomando su bolso que estaba en uno de los sillones.

“Vaya, un poco inusual pero interesante,” dijo el doctor terminando de anotar más información en su libreta en mano. Sara no sabía qué hacer, no sabía si marcharse y dejarlos a todos allí o si incluir al Doctor Castelló en la matanza que estaría haciendo ahí en el hospital. Los únicos vivos que dejaría serian a sus amigos, porque no le quedaría más remedio.

“Si bueno, cosas que pasan,” dijo Sara.

“Cosas que pasan,” dijo el doctor mirando a Sara con ganas de saber más información. Con ganas de saber más de la vida de ella, por más caótica que fuera.

“Sé que no nos pueden brindar mucha información, pero ¿le van a enviar la información a sus familiares?” pregunto Sara.

“Correcto. Estamos en la espera de que nos contesten y así saber que quieren hacer con él. Lamentablemente el Sr. González…” comenzó a decir el doctor en voz baja. “está en una situación delicada. Lo único que lo mantiene vivo es esta máquina,” dijo el señalando la misma. Eva en ese momento se marchó de la habitación llorando por la información. Pero ese

fue el momento para Sara en seguirle y poder salir de ese momento incomodo que estaba teniendo con el doctor.

“Espera,” dijo el doctor saliendo también con ellos de la habitación.

“Disculpa, gracias por la información, Dr. Castelló, pero es hora de irnos,” dijo Sara.

“Vale, vale,” dijo el doctor observando como todos se marchaban pasillo abajo.

“Tu y yo no hemos terminado de hablar, ¿Te queda claro?” le pregunto Sara a Eva ya en la afuera del hospital. Eva ya había terminado de llorar, pero miraba a ambos lados. Como si tuviera pendiente de alguien o algo.

“¿De que hablas?” pregunto Gustavo.

“Eva. Sabes que tenemos que continuar nuestra conversación,” dijo Sara.

“Yo creo que no hay más nada que decir. Todo lo que necesitaba decir lo he dicho. Y no hay más nada que se pueda hacer,” dijo Eva aguantando las ganas de volver a llorar.

“Claro que sí. Hay muchas cosas que se pueden hacer y sabes a las que me refiero,” dijo Sara.

“¡NO! Por favor,” dijo Eva volviendo a llorar. Sara no le quedó más remedio que despedirse de ella y dejarla ir. No era el momento para seguir tocando el tema ni mucho menos el lugar. Sara también necesitaba tiempo para pensar de qué manera podía solucionar la situación sin que nadie se viera afectado. Sara observo como Eva se marchaba perdiendo se entre medio de la multitud mañanera. Dejando a Sara con sus dos amigos los cuales se encontraban bastante molestos con ella.

“¿Me puedes explicar que cojones ha pasado?” pregunto Carla caminando al lado de Sara. Gustavo se encontraba en el otro extremo de ella, esperando ansiosamente la información.

“Creo que no es el momento para hablar de eso,” dijo Sara.

“Deberíamos de comenzar por el principio. ¿Porque fuiste al hospital?” pregunto Gustavo.

“Creo que sabes la respuesta de esa pregunta, Gustavo. Estoy preocupada por él. Estoy preocupada de que se encuentre solo, estoy muy preocupada de lo que pueda pasar de ahora en adelante,” dijo Sara caminando.

“Esas preocupaciones te van a llevar a caer nuevamente. A caer en eso que saliste hace meses atrás, depresión,” dijo Carla molesta.

“Lo sé,”

“¿Y entonces porque lo haces?”

“Porque yo soy humana, Carla. Porque yo siento cosas aún. No estoy enamorada de Antonio, de eso estoy segura. Pero cada vez que lo veo siento cosas, joder que no es fácil,”

“Nadie dijo que lo era. Solamente quiero que sepas lo que estás haciendo. Que no vayáis a cometer uno de tus errores,” dijo Carla.

“Lo dices como si fueran muchos,” dijo Sara.

“Lo son, créeme,” dijo Gustavo riendo.

“Y eso que no saben el problema mayor,” dijo Sara pensando muy bien en cómo iba a decirlo.

“¿Que?”

“Eva,” dijo Sara.

“¿Qué ha pasa ‘o con ella?” pregunto Gustavo.

“Ella fue quien puso a Antonio en coma,” dijo Sara entrando al restaurante de Carla. Ella y Gustavo se quedaron pasmados frente a la entrada sin saber que decir o que hacer.

8:00am
Carlistas

El restaurante estaba movido, no como días atrás, pero si estaba un poco concurrido. Sara se quitó su chaleco y se puso su nombre en la camisa para comenzar a trabajar. Ella podía observar como los gilipollas de Carla y Gustavo caminaban cerca de ella, como queriendo hablar con ella, del como los había dejado a los dos con esa información que le había dado Eva.

“No me puedes dejar de esta manera. ¿Qué demonios te crees? ¿Como sabes eso? Habla mujer, ¡HABLA!” le dijo Gustavo a Sara cerca de la barra. Allí Karen y Estéfano intentaban escuchar lo que estaban hablando. Ellos no tenían ninguna idea de lo que había ocurrido.

“¡QUE NO ES EL MOMENTO! ¿que no entendéis? Que la información que tengo es muy peligrosa,” dijo Sara intentando en enfocarse en su trabajo. Carla estaba sentando a varios clientes que acababan de entrar y allí en la puerta, en la entrada, mirando a varios lados, estaba un hombre vestido de doctor.

“Me tienes que estar jodiendo,” dijo Sara dándose la vuelta para marcharse.

“¿De que hablas?” pregunto Gustavo observando para la entrada. “El gilipollas ha venido, joder, que ha venido. ¿Que querrá?” pregunto Gustavo tomando a Sara por el brazo antes de irse.

“No sé. Pero yo no tengo ganas de hablar con él,” dijo Sara.

“¿Pero por qué? Él no te ha hecho nada, que yo sepa,” dijo Gustavo.

“Sara, tu novio, el joven del móvil llego y se sentó en la misma mesa,” dijo Karen.

“Él no es mi novio es un cabron,” dijo Sara que no le quedó más remedio que ir a la mesa para presentarse. Pero lo que si se llevó de sorpresa fue que

el doctor, joven del móvil no la dejo hablar.

“Sara,” dijo él.

“Doctor, ¿Ocurrió algo con Antonio?” pregunto Sara intentando ser lo más seria y profesional posible.

“Él se encuentra bien. Pero yo no he venido hasta aquí para hablar de él,” dijo el doctor.

“¿Y a que ha venido, Doctor Castelló?”

“Que me puedes llamar Jesús, no tenéis que ser tan formal,” dijo ‘ahora’ Jesús.

“Yo trato así a mis clientes. Y en este caso está en el restaurante, por tanto, tengo que tratarlo como tal, Dr. Castelló,” dijo Sara sacando el menú y entregándoselo.

“No deseo comer, gracias,” dijo Jesús.

“Bueno pues le voy a pedir entonces que deje la mesa disponible para personas que, si van a comer,” dijo Sara tomando el menú nuevamente.

“¿Podemos hablar en privado?” pregunto Jesús.

“No, lo que me tenga que decir, lo puede decir aquí,” dijo Sara.

“Se lo que hizo la Sra. Eva y sé que eres de Antonio,” dijo Jesús.

“Si se refiere a que Antonio y yo éramos pareja pues sí, pero lo de Eva no sé qué me estáis hablando,” dijo Sara.

“Ustedes eran pareja sí, pero no eras la única. Y tú y yo sabemos muy bien lo que hizo Eva,” dijo Jesús sonriéndole a Sara. Ese fue el momento en el que Sara sintió como cambiaba de temperatura su cuerpo. Agarro la mano de Jesús para marcharse de allí.

“Voy a usar tu oficina,” dijo Sara caminando con la mano agarrada de Jesús mientras se lo decía a Carla. Todos sus amigos se quedaron mirando lo que

acababa de ocurrir. Como Sara estaba cerrando la puerta de la oficina y haber llevado a un hombre.

“Alguien va a follar próximamente,” dijo Gustavo a Karen.

“Yo espero, a ver si se le quita la mierda esa que tiene,” dijo Karen riendo.

“¿Puedes elaborar lo que acabas de decir?” pregunto Sara mirando detenidamente a Jesús a los ojos.

“Cuando llevaron a Antonio yo estaba en turno. Intente salvarlo, pero no podía hacer más nada. Los daños eran muy fuertes. Las enfermeras comenzaron a realizar sus preguntas y cuando me percato habían diez mujeres allí, preocupadas por él. Pregunte, por pura curiosidad, y una de ellas me dijo que se llamaban ‘las del montón’ porque el joven Antonio había tenido una relación con cada una de ustedes, ¿o me equivoco?” pregunto Jesús dándole a Sara la explicación que ella quería.

“No, no te habéis equivocado en nada, hasta el momento,” dijo Sara.

“Logre tener una pequeña conversación con Eva, esa misma noche, antes de vosotros haber llegado,” dijo Jesús.

“¿Sobre?”

“Eva me confesó haber empujado a Antonio a la calle en el momento que fue impactado. Informándome que fue por defensa propia,” dijo Jesús.

“Eso mismo me ha dicho a mí,” dijo Sara.

“Pero ambos sabemos que no fue por defensa propia,” dijo Jesús.

“¿De que estáis hablando? No le has visto los golpes que tiene en el cuello,” dijo Sara.

“Esos golpes, y la manera en que me dijo que fueron ellos, se ve que fueron provocados por ella misma. En ningún momento Eva fue agredida por Antonio o por lo menos no físicamente,” dijo Jesús. Sara se quedó pensativa en ese momento.

“¿Qué queréis decir con eso entonces?”

“No estoy seguro, pero Eva si se provocó esos golpes en su cuello. Eva si empujo a Antonio a la carretera, pero no creo que le haya dado,” dijo Jesús.

“¿Y porque ella mentira? ¿Cuál es su propósito?” pregunto Sara preocupada.

“No tengo idea. Pensé que eso lo sabrías tú,” dijo Jesús.

“¿Y porque yo?”

“Por su pequeño ‘club’ que tenéis todas ustedes,” dijo Jesús sonriendo. Sara no sabía porque era la sonrisa. ¿A caso él pensaba que todo eso de las del montón era un chiste? ¿Era cómico para él?

“¿Esto te hace alguna gracia?”

“No para nada. Solamente te lo dejo saber, en caso de que la policía comience hacer preguntas. Que no te tomen por sorpresa, mira que ellos pueden ser un poco, incordios,” dijo Jesús que al parecer se iba a marchar.

“Espera un momento, espera,” dijo Sara. Jesús se dio la vuelta para mirar nuevamente a Sara a los ojos. “Ella me llego a mencionar que le había dicho a Antonio la verdad, la verdad de nosotras,” dijo Sara con algo de vergüenza. Ella no quería que Jesús supiera el verdadero motivo por la que iba a ese grupo de mujeres.

En el día que se vieron todas por primera vez fue algo completamente extraño para Sara. No por el hecho de tenerlas a todas si no del significado que representaba el tenerlas a todas sentadas juntas, mirándose la una con la otra. Sara se sentó frente a Verónica, conociéndola por primera vez. La miro con gran ímpetu porque la manera en que se enteró de las del montón fue con una foto de Verónica con Antonio. Fue un momento muy impactante porque normalmente, cuando sabes que tu novio tiene otras ‘mujeres' tú nunca quieres verlas, nunca quieres saber el nombre o donde viven. Solamente las das por perdidas en el tiempo porque tampoco quieres saber si son bonitas o no, porque tú ‘como mujer’ comienzas a sentirte menos. Te

comienzas a sentir menos mujer, fea, gorda, en fin, cientos de pensamientos negativos pueden pasar por tu mente cuando llega ese momento cuando sabes más información y/o logras ver a la persona. Pero ese momento cuando Sara estuvo sentada frente a todas esas mujeres lo menos que sintió fue eso, celos o enojo. Lo que si paso por su mente y lo que realmente expuso ante las demás fue, simpatía y pena. Ella sabía que no era culpa de ellas, ni de ella misma. Todo era culpa de Antonio y de sus decisiones, cuando relaciones respecta. Sara miraba a las chicas con deseo de poder ayudarlas con deseo de poder saber cómo Antonio había logrado tener una relación con once mujeres y ninguna de ellas saber que la otra existía. Saber lo dolidas que estaban y como podía ayudarlas para superar a Antonio.

“Sara… SARA,” le dijo Jesús interrumpiendo el momento de Sara.

“Disculpa,” dijo Sara.

“Te perdí por varios segundos, ¿estas bien?” pregunto Jesús.

“Si, sí, todo bien.”

“¿Y bien?”

“Yo no quiero llegar a mis propias conclusiones, Dr. Castelló. Creo que serían peligrosas,” dijo Sara.

“Lo sé. Yo no represento la ley, represento la medicina, y solamente me inquieta saber el bienestar de ustedes,” dijo Jesús.

“Entiendo. Pero vuelvo y le repito, no quiero llegar a conclusiones. Lo que haya hecho Eva, fue ella, y siento que se estaba defendiendo de Antonio,”

“¿Piensas que Antonio es violento?” pregunto Jesús.

“Él no lo fue conmigo,” dijo Sara.

“Solamente quería dejártelo saber, informarte en caso de que las cosas tomen otro giro,” dijo Jesús quien ya estaba a punto de marcharse. Sara no le quedó más remedio que agradecerle por la información. Agradecerle por

haber ido hasta ahí, para dejarle saber eso, pero dentro de, aun sentir vergüenza de que Jesús supiera que ella era una del montón.



7:00pm
Reunión de las del Montón
Oficina de Martín

Todas las chicas del montón se encontraban perplejas, sin saber que decir, sin saber qué hacer, solamente miraban a Eva con mucho detenimiento. Algunas preocupadas por ella, otras la miraban con ganas de también empujarla por la carretera y quedara en el hospital como había quedado Antonio por culpa de ella. Eva se había encargado de dejarle saber a todas lo que había pasado o eso pensaba Sara. Después de ella haber tenido esa conversación con Jesús sobre la posible 'verdadera razón para intentar matar a Antonio' le seguía retumbando en la mente, intentando salir de su boca y gritarle a la humanidad lo descarada y asesina que era Eva. Pero cómo ella misma le había dicho a Jesús, su razón tendrá de haberlo hecho y Sara seguía creyéndole a Eva que había sido por defensa propia.

Amanda daba vueltas por la oficina intentando encontrar las palabras correctas de lo que le habían dicho.

"¿Estas segura?" pregunto Amanda a Eva.

"Cuando Antonio supo que nosotras sabemos de la existencia de la otra se puso nervioso y a la vez enfadado. Yo no quiero ir a la cárcel fue un accidente," dijo Eva llorando nuevamente. Sara no sabía qué hacer si ayudarla o dejarla que las demás chicas terminaran con ella, ya que Eva se veía un poco frágil ante los demás, pero si sabía una sola cosa, Eva lo amaba mucho.

"No te preocupes que nada pasará," dijo Paulina.

"¿Disculpa?" dijo Alex un poco molesta.

"Eva se estaba defendiendo, Antonio le dio, abuso de ella, claro que estoy con ella," dijo Paulina.

"No sabemos si Eva lo hizo por defensa propia," dijo Alex.

“Ella es nuestra amiga, Paulina. Todas nosotras fuimos participes de los juegos de Antonio sin darnos cuenta. Sea o no verdad lo que Eva está diciendo, es nuestro deber cuidarla y no dejarle que le pase algo,” dijo Paulina. Sara entendió en ese momento la verdadera razón por la cual debería de ayudar a Eva. No por que estuviera diciendo la verdad o no, es que en efecto Antonio había sido una persona mala, egoísta y lo peor de todo es que había tenido once novias a la misma vez. Ahora ella estaba entendiendo un poco lo que Carla le había mencionado aquel día en el hospital. Dentro de lo que había pasado ahora Antonio no le haría daño a ninguna mujer.

“Estoy de acuerdo,” dijo Sara mirando a Paulina.

“Esto es de locos,” dijo Alex.

“Pensemos que Eva lo hizo a propósito, ¿porque sería ese el caso?” pregunto Sara intentando ayudar a ambas partes. Todas se quedaron calladas por unos instantes, pensando probablemente en porque Eva empujaría a Antonio a la calle para que muriera.

“No se me ocurre nada,” dijo Helena.

“Exacto. Sea que Eva quería quedarse con Antonio para ella, ignorando por completo lo malo que ha sido, no le da razón para intentar matarlo,” dijo Sara.

“Cierto,” dijo Paulina.

“Ahora nadie lo tiene,” dijo Verónica. Ella había tenido algo de razón con eso. Ahora que Antonio estaba en el hospital, en coma, él no era de nadie. Solamente él era de las enfermeras que se estaban encargando de él. Ni de su familia que no habían ido a verlo en esos días.

“Bien, queda decidido entonces. En caso de que la policía pregunté, nosotras no sabemos nada y Eva tu no estabas con el ese día, ¿entendido?” pregunto Sara a la chica de fondo.

“Entendido,” dijo Eva secándose las lágrimas. Parece ser que el haberlo hablado y llegar a un plan había sido lo que Eva quería desde un principio.

Ella no quería sentirse sola en ese momento tan difícil para ella. Ella sabía que si tenía el apoyo de las chicas del montón nada malo le pasaría.

Cada una se fue perdiendo de vista cuando salieron del edificio. Sara estaba más tranquila en saber que ya todas sabían lo que realmente había pasado con Antonio y de que estaban dispuestas a ayudar. Pero lo más que le emocionaba era en saber que él había entrado en coma sabiendo de que todas las chicas se conocían. Parte de su fantasía era ella poder decirle a Antonio que todas se conocían, porque en realidad, ella lo había confrontado y le había dicho que sabía quiénes eran, ese día tan horrible para Sara cuando dejó a Antonio, ese día que pocos saben pero que muchos conocen.

Sara sentía como ella misma estaba guardando a la otra Sara, la depresiva, la que pensaba que su vida se venía abajo porque había encontrado a su novio con diez mujeres. Esa Sara que no se bañaba, casi ni comía, no pasaba mucho tiempo con sus amigos, porque estaba pensando en que había hecho mal en la relación. Que ella haba hecho para que Antonio buscara esa euforia en las otras diez mujeres. Que ella había hecho para que el buscara amor o sexo en otras mujeres. Esa Sara no iba con cuentos, ella estaba decidida a sufrir lo que fuera para que al final ella misma dejara de creer en el amor.

Por muchos años ella había tenido problemas con el amor. Había tenido problemas con conseguir al hombre perfecto, aunque realmente no exista. Pero ella, y gracias a las películas y libros, las mujeres, en especial ella, tenían un estándar bien alto en los hombres. Buscándolos de una manera en particular, perfectos, listos, románticos, buenos en el sexo, tamaños, ojos claros, buen trabajo, altos o bajos, musculosos y más que todo con dinero. Cuando llego Antonio a su vida, el cumplió varios de esos puntos, no todos, pero si los importantes para Sara, llevando su relación bastante rápido cuando comenzaron a salir.

Antonio había sido el hombre perfecto para Sara. El hombre que ella había soñado desde que se había mudado para España. Ese tipo de persona que quieres que toda tu familia se entere, les envías muchas fotos, las subes a las redes sociales, solamente para que todo el mundo, amistades del colegio,

de tu ex trabajo, todo el mundo sepa y vean el hombre que tienes en tus brazos. Llega hasta un momento en el que te haces posesiva sobre tu hombre. La manera en que viste, lo que come, a donde va, en fin, muchas cosas que probablemente las haces sin pensar, porque al fin y al cabo esa no eres tú, o esa no era Sara en este caso. Cuando ella supo lo que Antonio había hecho y de la manera que lo había hecho, aparte de romperle el corazón a Sara, le rompió su vida social en las redes sociales. Debido a esa situación, Sara cerro muchas de sus redes sociales y comenzó a borrar fotografías juntos, no porque se vieran feos, al contrario, eran esas fotos que más 'Me gusta' tenían, tenía que hacerlo para evitar volverlo a ver. Volver a tener que ver el rostro de aquel hombre perfecto, ese hombre que según ella no tenía ningún defecto, tenía que borrarlo de su vida para siempre. Y ahora ahí estaba, en una camilla en el hospital, en coma, sin ningún familiar, y probablemente de camino a la muerte, en ese viaje que no tendría marcha atrás. Ese camino que ella yo no lo podía seguir, por más enfadada que estuviera con él, nadie debería de pasar por ese proceso y menos solo. Sara pensó en caminar hacia el Hospital, en quedarse con el allí, para evitar que estuviera solo. Para evitar que el amor de su vida pasara por ese proceso, ese proceso que ella misma no quería que el pasara, por más que lo odiara en esos momentos.

Todos sus pensamientos quedaron anulados por completo cuando se topó con alguien de frente, alguien que no pensó ver a esa hora.

"Dr. Castelló," dijo Sara mirando que este no tenía ropa de médico.

"Jesús, Sara, me llamo Jesús," dijo el doctor sonriéndole a Sara. 'De tantas personas que me puedo encontrar en la calle me tengo que encontrar contigo, ¿EN SERIO?' grito Sara en su mente. Jesús se acercó un poco a Sara para poder verla mejor bajo la luz de la luna y algunos postes en los alrededores.

"Para mi serás el Dr. Castelló," dijo Sara.

"Pensé que para ti seria 'el joven del móvil' como me habéis dicho antes," dijo Jesús riendo.

“Bueno también,”

“Me puedes llamar en el hospital el Dr. Castelló. Pero fuera del trabajo me puedes llamar Jesús,” dijo este sonriendo más que nunca. ¿Qué estaba intentando el tal Jesús?

“¿Porque piensas que habrá oportunidades para yo llamarte Jesús?” pregunto Sara.

“Bueno, yo desayuno todos los días en el mismo sitio. Y por lo que veo cruzamos las mismas carreteras, por lo que pienso que cruzaremos en nuestros caminos muy a menudo,” dijo Jesús. Sara se quedó un poco pensativa, y era cierto. Ambos se estaban encontrando mucho y él tenía razón. Iban a estar encontrándose mucho más.

“Vale. Te llamare Jesús. Pero hasta ahí. No más de eso,” dijo Sara.

“¿A que te refieres con eso?” pregunto Jesús. Sara se quedó pensativa de momento sin saber que había dicho en realidad.

“Nada en particular,” dijo Sara.

“Si es lo que pienso tranquila, que el mismo tiempo hará las cosas, yo solo estaré de brazos cruzados,” dijo Jesús.

“¿De que habláis? A la verdad que eres bien gilipollas. Yo no pienso salir contigo, ¿Que no entiendes?” le grito Sara al final. Aclarando fuertemente la última parte. Jesús se volvió a echar a reír. Para el, esto era o muy normal, o simplemente le daba risa lo que Sara hacia y decía.

“Nunca digas nunca, Sara. Tranquila que eso no está en mis planes por el momento. Pero nunca sabes lo que puedes pasar luego, con el tiempo. Además, para que estés tranquila, no creo que pueda salir contigo, por buen tiempo,” dijo Jesús. Sara quería preguntar por qué. Quería saber porque él no podía salir con ella, pero ¿como podía hacer la pregunta sin que el pensara que ella tenía interés en salir con él?

“Qué quede claro que al fin y al cabo quien decide soy yo,” dijo Sara.

“Joder que no tiene que ver contigo, bueno no directamente. Veras, creo que no pudiera salir contigo porque aun estas atada a Antonio,” dijo Jesús.

Ese fue el momento en el que Sara se dio cuenta el cómo Jesús lo miraba. Ese fue el momento que Sara había querido que nunca pasara en su vida. La mirada de pena que él le estaba haciendo a ella era horrible. Ambos se quedaron mirándose el uno al otro y ambos se perdieron un poco en el color de sus ojos. Ella quería defenderse, ella quería poder decirle a Jesús lo que realmente estaba pasando con ella, pero ya él sabía demasiado, ya él tenía mucha información de ella y de las chicas del montón.

“No sé de qué estas hablando,” dijo Sara intentando marcharse.

“No te estoy criticando, jamás. Se lo que es enamorarse y sufrir, no me quiero imaginar por lo que tú has pasado,” dijo Jesús.

“No tienes idea,” dijo Sara.

“Hagamos algo, te invito un café,” dijo Jesús.

“¿Y porque debo yo de aceptar tu oferta?” pregunto Sara volviendo a usar su tono de superioridad.

“Porque siento que debes de hablar con alguien que no sean tus amistades. Alguien que sabes que no te jugara, porque realmente no te conozco, lo único que sé es que eres la prepotente del restaurante y una del montón de Antonio, nada más. Por tanto, creo que debéis de aceptar mi oferta he ir a tomarnos un café,” dijo Jesús muy simpático con esa sonrisa que había despertado la curiosidad de Sara anteriormente.

“Vale, pero solo un café,” dijo Sara.

“Vale no tengo problema. Pero no vamos a ir a Carlitas, iremos a otro lugar, ¿vale?” dijo Jesús.

“¿Y eso?”

“¿Quieres que tus amigos estén pendientes a lo que estamos hablando?” preguntó Jesús riendo.

“Cierto,” dijo Sara. En ese momento Jesús le tendió el brazo a Sara para que ella lo tomara, dudo por unos segundos, hasta que con mucho miedo, nerviosismo y dudas lo hizo.

8:24
Cita / no cita con Jesús

“Contarme pues,” dijo Jesús sentándose en una mesa frente a Sara.

“¿Qué queréis que te cuente?”

“Todo,”

“¿Todo? Creo que todo no da tiempo. Creo que todo es lo menos que quieres escuchar,” dijo Sara tomando café.

“Algunas veces todo es simplemente lo que esperamos. Algunas veces todo es simplemente nada o nada es todo. Depende de cómo cuentes tú historia o con fuerte o detallada quieres que sea,” dijo Jesús. Sara no se había dado cuenta lo interesante que era Jesús para ella. Tenía algo que llamaba mucho la atención, y no era que fuera hermoso, era más bien belleza intelectual, más que ser un doctor tenía algo más, algo que Sara no podía descifrar.

“Supe que era una más mediante el móvil de Antonio,” dijo Sara mirando a otro lado que no fueran esos ojos cafés de Jesús.

“¿Por el móvil?”

“Si por el móvil. Creo que no fue la mejor manera de saber que el hombre que amas tiene otra mujer,” dijo Sara tragando fuertemente para evitar llorar.

“¿Ahí supiste que eran diez más?”

“No. Lo supe varios días después. Cuando tuve contacto con Verónica, ambas entramos en ‘investigación’ y logramos dar con las demás.” dijo Sara.

“¿Y se llevan todas?” pregunto Jesús.

“Bueno, nos llevamos como compañeras de lo que estamos pasando, mas nada. No somos amigas de salir o contarnos nuestros secretos o

inquietudes," dijo Sara mirando por la ventana que daba a la calle.

"Creo que es muy saludable para todas el poder sobrellevar la situación juntas. No todo el mundo tiene esa habilidad, llega a hacer otra mujer, creo que el panorama sería diferente," dijo Jesús.

"Probablemente. Veras, paso por mi mente muchas veces el reprocharles a ellas. No tenía con quien hacerlo directamente. Sentir que tienes las personas que han arruinado tu vida frente a ti, es algo inexplicable," dijo Sara intentando no llorar.

"Entiendo,"

"Lo curioso es que, con varios días intensivos en mi casa sin salir, llegue a la conclusión que ellas no sabían. Ellas estaban jugando al mismo papel que yo. No tenían tampoco idea de cómo Antonio lo había logrado. Yo no tenía por qué mirarlas mal y juzgarlas por algo que, me paso a mí también. Ellas mismas me podían reprochar o hacer algo en mi contra, debido a lo sucedido. Pero no paso. No paso eso que perturbaba mi mente de una manera inaceptable. Ya que, yo no soy una persona negativa ni vengadora," dijo Sara bajándole una lagrima.

"Creo que eres una mujer excepcional. Creo que, aunque pienses que la vida ha sido fuerte contigo, y eso que no se todas tus situaciones en la vida, siento que la vida te dará algo mucho más fuerte y sólido que Antonio," dijo Jesús intentando consolarla para que no llorara.

"Pensé lo mismo por mucho tiempo. Las horas se volvieron días. Los días en semanas, en fin, varios meses después decidí que la mejor manera de lidiar con estos casos, es dejarlos ir. Dejar que las cosas tomen su propio rumbo y no precipitarme a nada. Nada que obviamente tenga que ver con el o con algún otro hombre," dijo Sara.

"Buena decisión," dijo Jesús.

"Gracias. Creo que ha sido lo más inteligente que he hecho en mucho tiempo," dijo Sara

“Dije que era buena decisión, pero no dije que era las más inteligente,” dijo Jesús.

“¿Por qué?”

“Veras, no debes de cohibirte a las cosas, simplemente porque tengas miedo de que vayas a sufrir,”

“No me estoy cohibiendo, solamente estoy tomando debidas precauciones,” dijo Sara tomando otro sorbo de café.

“Puede ser que sean precauciones, pero no sabes lo que te traiga el camino y pues estar desaprovechando esa nueva oportunidad de la vida,” dijo Jesús.

“¿Aparte de doctor eres psicólogo?”

“No hay que ser psicólogo para decirte estas cosas, mujer,”

“Veo,”

“Entonces, luego de conocerlas a todas, ¿que?”

“Decidimos que era lo mejor que cada una de nosotras lo dejara, no a la vez, obviamente, pero si todas dijeron que sí. Ninguna podía continuar con la relación a sabiendas de lo que había pasado. Tuvimos nuestra primera reunión de las del montón. ¿Curioso no?”

“Interesante querrás decir,” dijo Jesús

“Si, muy interesante,”

“Luego de eso decidieron dejarlo, moverse, seguir sus caminos por separado y encontrar nuevos amores en su vida, ¿verdad?”

“No fue así de sencillo. Aunque me veas aquí sentada frente a ti, tranquila, no quiere decir que las demás lo estén. Muchas de las chicas no tomaron muy bien la separación. Una de ellas, Magdalena, tuvo que ser recluida varias veces en el hospital, intento cortarse las venas,” dijo Sara.

“¡Mientes!”

“No miento. Yo creo que las más sufridas, verdad lo que me han contado, han sido ella, Verónica y Eva. Pero Carla y yo hemos dialogado sobre esto y dijimos que, cada una sabrá lo difícil que ha sido. Los demás no tienen ningún conocimiento, ni siquiera les ha pasado por la mente lo difícil que ha sido para cada una de ellas, por individual. Cada una sabe lo que pasa cuando cierras esa puerta de su cuarto y te hechas a llorar. Solamente tú, sabes que rostro te pondrás ese día para mostrarle al mundo lo bien que estas. Para mostrarle a todos que, aunque seas una del montón, aunque tu autoestima esté en el suelo, te verán como una mujer luchadora, emprendedora, y sobre todo feliz. Pero déjame decirte Jesús, que muchas de nosotras usamos eso, una máscara, porque al final somos las más sufridas de todas, y ni siquiera una máscara nos podrá ayudar,” dijo Sara llorando. Jesús se acercó un poco y le puso la mano en el hombro.

“Disculpa. Nunca fue mi intensión que te sintieras mal,” dijo Jesús.

“No lloro porque lo extrañe, lloro porque no lo hago hace mucho. Lloro porque tenías razón. Es bueno hablarlo con alguien que no te juzgara,” dijo Sara riendo. Por primera vez, desde que Sara había visto a ese joven del móvil, había visto un lado diferente en Jesús. Un lado mucho más amable y sentimental. Ella sentía que podía hablar con el de cosas que ella pensaba que ella pensaba que tenía que dejarlas ir. Porque no valían la pena volverlas a revivir, pero al carajo. Tenía que hacerlo, tenía que cerrar capítulos en su vida para poder crear nuevos.

“¿Te sientes mejor?”

“Mucho, gracias,” dijo Sara.

Sexto Día
5:49pm
Apartamento de Sara

“No me puedo quedar callada. No puedo dejar de pensar en lo que hice y como lo hice. ¿Vosotros pretendéis que debo de quedarme callada para siempre?” grito Eva caminando por el apartamento de Sara. Jesús estaba en una esquina, observando como Eva perdía el control, mientras que Sara intentaba consolarle y dejarle saber que todo estaba bien. Carla mientras, hacia Café, indispuesta a ayudar.

“No pretendo nada de eso, Eva. Solo digo que no harás nada diferente, lo hecho ya está hecho,” dijo Sara.

“Bueno, lo que vaya a decir puede ayudar a la investigación. Que paren de buscar en donde no hay nada. Ellos piensan que él estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado. Al menos si les dejo saber que fui yo quien lo empujo, dejan de llamarme o buscar otras alternativas,” dijo Eva.

“Sigue siendo el mismo resultado, si quieres llamarlos y decirles, yo no tengo problema que lo hagas. Solo te digo que entraran más preguntas y tendrás que decir la verdadera razón por la que lo empujaste, la pregunta de todo esto es, ¿tu estas dispuesta a volver a revivirlo?” pregunto Sara que al parecer había llegado al lugar indicado. Eva se sentó pensando muy bien en lo que Sara le había mencionado.

“No,”

“Eso pensé. Te prometo que todo saldrá bien,” dijo Sara.

“¿Ahora somos criminales? enterrando nuestros crímenes,” dijo Carla.

“¿Nuestros crímenes? El crimen de Eva, solamente nos quedaremos callados,” dijo Sara.

“Es lo mismo,” dijo Carla. Jesús y Sara se miraron unos instantes antes de seguir ignorándola, ¿Estaría Carla diciendo la verdad? ¿Serian ellos unos criminales?

“Este sentimiento de culpa no me deja casi respirar. Necesito poder tener la habilidad de volver a respirar, de poder dormir. Entiendo que es mucho pedir y entiendo que están sus principios primero que todo. Yo no quiero ser la causante de que tampoco ustedes no puedan dormir o respirar. Carla tiene razón, ustedes no son unos criminales, la criminal soy yo,” dijo Eva quien se marchó dejando a ellos tres con la palabra en la boca. Lo único que se pudo escuchar, y lo cual era completamente imposible, era la sonrisa de Carla desde la cocina. Ganando ella su argumento de que Eva tenía que ir a las autoridades para dejarles saber que había sido ella quien había empujado a Antonio.

“No puedo creerlo, se va a destruir la vida ella misma,” dijo Sara sentándose al lado de Jesús.

“Y esa es su decisión. No podemos hacer nada con eso, tienes que dejarla ir,” dijo Carla desde la cocina.

“¿Estas bien?” pregunto Jesús a Sara.

“Creo que sí. Confundida pero bien,” dijo Sara riendo.

“¿Confundida?” pregunto Jesús intentando acercarse a ella un poco.

“No me hagas caso,” dijo Sara levantándose y comenzando a caminar por toda la sala.

“¿Sara me puedes ayudar con la comida?” pregunto Carla. Sara fue directamente a donde ella, agradecida de que no estaba cerca de Jesús.

“Gracias,”

“Necesito que dejes de pensar en Antonio ya, de una vez,” dijo Carla.

“Yo no estoy pensando en Antonio, bueno ya no,”

“Estas arruinando una buena oportunidad con Jesús. Míralo ahí sentado pendiente de ti, preocupado por ti. Cada vez que piensas o hablas de Antonio no me quiero imaginar lo que debe de estar pasando por su mente,” dijo Carla mirando a Jesús de lejos.

“Él sabe muy bien lo que hago. Y yo con el no tengo nada. Él no es mi novio ni nada por el estilo,”

“Pero puede serlo,” dijo Carla.

“Yo no creo que eso vaya a pasar en mucho tiempo, Carla,”

“Tienes miedo yo entiendo es completamente normal. Pero tienes que entender….”

“¿Entender qué? Carla, yo le brindé mi amor, le abrí mi corazón a Antonio por dos años, DOS CABRONES AÑOS. ¿Y que recibo a cambio? Diez mujeres más que estaban haciendo lo mismo por él. Abriéndole su corazón, el pedazo de cabron necesitaba el 100% de amor de once mujeres para el sentirse bien con el mismo. ¿Pero que sentían las mujeres? ¿Que sentían esas mujeres que estaban dando el todo por el todo? ¿Que sintieron cuando se dieron cuenta que lo que le habían dado a esa persona había sido en vano? Años perdidos, tiempo perdido. ¿Sabes porque está perdido? Porque al final el muy bastardo está en coma y ninguna de las mujeres estará con él. Esta perdido porque él no se merece a ninguna de nosotras, el no merece que una mujer lo vuelva a amar en su vida, por más corta que sea. Y creo que el pensar de esa manera me hace una mala persona, no me importa, ya el daño está hecho y no hay marcha atrás. Pero si me preguntas si tengo miedo en abrirme, CREO QUE ES ENTENDIBLE DE QUE SI. Probablemente este rota y nunca más pueda volver a confiar en un hombre, nunca. Así que no me digas que estoy arruinando una gran oportunidad con Jesús porque no hay ninguna oportunidad. No la hay y nunca la abra, ¿Me has entendido?” Sara termino de gritar sin pensar quienes más estaban en el apartamento. Se dio cuenta cuando vio a Jesús marcharse del apartamento, tirando la puerta al salir.

Duodécimo Día
7:10pm
Hospital

“Lo siento mucho, las dejare solas unos minutos,” dijo el Dr. Castelló en aquel hospital donde nueve mujeres lloraban por haber perdido el amor de sus vidas y esta vez para siempre. El Sr. Antonio González había fallecido ese día a las 7:00pm debido a complicaciones con sus órganos. Jesús Castelló dejó la habitación con mujeres destrozadas y sin deseos de vivir. La más destruida que se veía antes de que el doctor se marchara era Amanda.

Dentro de la situación que Jesús estaba dejando atrás estaba contento en saber que Sara y Eva no era una de esas mujeres en estar llorando en esa habitación por la muerte definitiva de Antonio. Gracias a los tremendos amigos que tenía Sara, ella y Eva estaban en la cafetería del hospital. Jesús caminaba por los pasillos del hospital preocupado por las demás chicas, pero estaba más preocupado por lo que estaba a punto de hacer. Aunque él y Sara no eran pareja, Jesús sentía que tenía que tenía que por lo menos acercarse a ella y pedirle que salieran en su, primera cita formal, aunque con todas las veces que habían salido y habían estado a punto de besarse, parecía como la quinta cita. Pero cuando llego a la cafetería se dio cuenta de que no era buena idea. Comenzó a recordar aquella conversación que él había escuchado sin querer en el apartamento, esa conversación que dejaba muy claro que ella no estaba lista para tener ningún tipo de relación con nadie, de que probablemente ella no podía volver a abrirse con nadie. Por tanto, dejó de pensar en esas barbaridades y se acercó a ellos.

“Ya está hecho,” dijo Jesús sentándose al lado de Carla.

“Gracias. De verdad no sé cómo agradecerte, no tenía el corazón para hacerlo,” dijo Sara.

“Sabemos que no tienes corazón amiga, tranquila,” dijo Gustavo con un pequeño comentario fuera de lugar. Pero al parecer, eso era lo menos importante en el momento. Nadie estaba pendiente al dolor que pudiera tener Sara en ese momento, todos estaban pendientes a que Antonio no murió solo, tenía a unas mujeres extraordinarias con él en la habitación. Nadie estaba pendiente al dolor infernal que estaba teniendo Sara en ese momento porque era lo que ella misma les había dicho. Ella misma se había encargado de dejarles saber que estaba bien, que no había nada de qué preocuparse.

“No tienes que agradecerme, es mi trabajo,” dijo Jesús quien estaba contemplando a Sara detenidamente.

“De todas maneras, Gracias,” dijo Sara. Jesús se aclaró la garganta antes de decir lo que estaba pensando hacia minutos atrás, pero gracias a la interrupción de Estéfano que le hablo, no pudo hacerlo.

“¿Podemos hablar doctor?” pregunto Estéfano. Jesús se levantó del asiento un poco molesto, pero algo aliviado al no haber dicho nada aún.

“Si, dime,”

“Lo que estés pensando hacer, no lo hagas, no te lo recomiendo,” dijo Estéfano.

“¿Perdón?”

“Sara no está lista para tener una relación con nadie y mucho menos ahora,”

“No sé de qué estas hablando,”

“Me he fija ‘o cómo la miras, Jesús. Sé que te gusta por eso haces lo que haces por ella. Pero te digo, por el bien de ambos, no lo hagáis,” dijo Estéfano. Jesús se quedó callado, pero bastante pensativo en lo que Estéfano le había dicho. ¿Tendría él razón? ¿Sería mejor el echarse para atrás? En fin, él tenía un poco de razón en todo esto. Sara había perdido el amor de su vida, ese que, según la gente, la ponía a ella como la indicada, la

numero uno, cuando en realidad ella era una del montón, una más. Jesús le sonrío a Estéfano y se marchó dejándolo solo. Entendiendo por fin que el no decirle nada era lo más lógico, era la mejor opción para él y obviamente para ella.

Un año después
8:00am
Restaurante de Carla

Carlitas estaba repleto de gente esa mañana. El hecho de tener unos especiales de desayunos que duraban hasta más allá del medio día hacían que se llenara hasta casi más de las tres de la tarde todos los días. Sara y Carla se encontraban casi corriendo por todo el restaurante intentando llevar todo con calma y sin situaciones con los clientes. Habían globos festivos por todas partes, al parecer alguien cumplía años o era el siempre hecho de que era el último día de Sara en el restaurante, ya que había conseguido un trabajo permanente como escritora. Era lo que ella misma había soñado desde hacía mucho tiempo y debido a sus situaciones del pasado no lo había podido lograr.

Karen era la única que estaba manejando el área de la barra, dándole adiestramiento a un muchacho nuevo que estaba allí, cagando completamente todo, porque no sabía hacer prácticamente nada. Pero era como un primo lejano de Carla y pues lo puso en restaurante hacer algo. Sara mientras estaba dándole adiestramiento de vez en cuando a la nueva mesera que estaba también teniendo problemas con sus mesas, las confundía y confundía las ordenes de las mesas. Cosa que ponía muy de mal humor a Carla, pero de buen humor a Sara porque sabía que estaba ayudando y sabía que ese era su ultimo día.

“Tranquila, eso les pasa a todos. Ahora lleva esa orden a la cocina,” dijo Sara muy tranquila. Carla se le acerco con el pelo amarrado y loca por que acabara el día y aun el mismo estaba comenzando.

“Te veo muy tranquila con la tal Alondra. ¿Cuándo es que le vas a gritar?” pregunto Carla.

“No creo que sea hoy. Eso te toca a ti como si jefa,” dijo Sara riendo.

“Me basta con que tengo que darle adiestramiento a una mesera, pero Karen se está volviendo loca con mi primo,” dijo Carla.

“Bueno, de ese adiestramiento, yo soy responsable de uno nada más. El otro no es mi culpa,” dijo Sara refiriéndose al de Alondra.

“Si lo sé. El otro tenía que hacerlo yo por mi cuenta. No podía permitir que Estéfano siguiera trabajando aquí después de lo que te hizo,” dijo Carla.

“Lo sé. Y te dije que yo no tenía problema con que él estuviera aquí, como quiera yo me iba a ir,” dijo Sara.

“Yo sé. Pero por mi bien emocional, preferí mandarlo a buen sitio. Él era mi amigo y eso que hizo no se hace,” dijo Carla observando el restaurante.

“No puedo creer que este es tu ultimo día,”

“Vamos que no es que me mudo de país. Solo que ahora te veré en las tardes cuando regrese de trabajar,” dijo Sara.

“¿En las tardes? ¿Qué tú te crees? Yo tengo novio yo no puedo estar esperando por ti en las tardes, probablemente te vea en las noches o al otro día en la mañana,” dijo Carla.

“Tu tranquila que encontraremos tiempo para nosotras. Antes lo hacíamos y vivíamos a cientos de millas de distancia,” dijo Sara.

“Si lo sé. No me hagas caso, me estoy comportando como una cría. Ve a seguir trabajando, veré como va Karen con mi primo,” dijo Carla un poco más tranquila y contenta de que su mejor amiga estaba contenta. Era como una felicidad colectiva, siempre y cuando cada una estuviera en un buen lugar, emocionalmente, la otra estaría bien. Sara camino hacia la otra mesa que se supone que le tocara a la nueva mesera, pero esta por alguna extraña razón aún se encontraba en la cocina. Camino mientras buscaba la libreta y el lápiz para anotar su nueva orden. Llego a la mesa sin observar quien estaba ahí, solamente hablo y ya.

“Hola bienvenido a Carlitas, mi nombre es Sara y le estaré sirviendo en la mañana de hoy. ¿Con que desea comenzar?” pregunto Sara que había encontrado el lápiz.

“Disculpa no le estaba escuchando, estaba en mi móvil, ¿me puede repetir?” dijo una voz un poco familiar. Sara respiro hondo antes de hablarle groserías al cliente que no le estaba prestando atención cuando se dio cuenta de quién era.

“No puede ser, Jesús,” dijo Sara que no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Jesús se veía muy diferente a como Sara lo había visto la última vez. Tenía una barba mucho más grande, tenía unos anteojos y corbata. En otras palabras, Jesús estaba mucho mejor vestido que como se vestía en el hospital o cuando iba a su casa o como cuando iba al restaurante a comer.

“Sara,” dijo Jesús emocionado por haberla visto. Este se levantó y le abrazo fuertemente. Sara se sintió extraña con el tan cerca, con Jesús en sus brazos, con el hombre al cual ella se había enamorado.

“¿Que hacéis por aquí?” dijo Sara

“Bueno he venido a comer. Pero en realidad a verte a ti,” dijo Jesús. Sara en ese momento se santo en la mese frente a él. Era impresionante lo mucho que había cambiado en tan solo un año.

“¿A mí?”

“Claro. Después de aquel día no pude verte. Tenía asuntos familiares pendientes,” mintió Jesús.

“Entiendo. Pero me alegra mucho de verte. ¿Y como estas?”

“No me puedo quejar. Estuve con mis padres un tiempo a lo que terminaba un proyecto especial en mi departamento de medicina,” dijo Jesús.

“Interesante,” dijo Sara.

“Lo último que supe de ti es que estuviste con Estéfano,” dijo Jesús dejando notar un poco el cambio de voz.

“Si. Un pequeño error en la vida o bueno otro más,” dijo Sara.

“Bueno la vida se trata de eso ¿verdad? De errores si no, no fuera divertida,” dijo Jesús.

“¿Dices que mis sufrimientos son divertidos?”

“No. Solo digo que de ellos se aprenden. Mira el mío, dejé a la mujer que amaba por escuchar a mi mente y no a mi corazón,” dijo Jesús

“¿Dejaste a un amor por allá?” pregunto Sara. Jesús negó con la cabeza mientras se iba dejando notar el cambio de color de sus mejillas al igual que los de Sara cuando entendió lo que Jesús se refería.

“No sabía,” dijo casi tartamudeando Sara.

“Tranquila que no era algo que tenías que saber o bueno en aquel momento no. Ahora el panorama es mucho más diferente,” dijo Jesús entrando de lleno en lo que su corazón quería decir.

“Jesús.. Dr. Castelló,”

“Por favor no me vengas con eso, Sara. No vengas a llamarme por mi apellido porque no te lo permitiré,” dijo Jesús tratando de mantener la cordura y no gritarle a Sara todo lo que tenía en su corazón.

“Jesús. Es muy bonito el escuchar que fui el amor de tu vida…”

“Que eres el amor de mi vida Sara. En presente y no pasado,”

“Tu no me conoces ahora,” dijo Sara.

“Sé que este es tu último día de trabajo aquí en el restaurante. Sé que estas soltera, le he preguntado a Gustavo. Eso del haberse casado con Martín lo ha puesto de muy buen humor,” dijo Jesús.

“No entiendes nada,”

“No vengo a discutir. No vengo a pedirte que me ames porque es completamente imposible,”

“¿Y entonces?”

“Solo he venido a saber cómo estabas. He venido de muy lejos para verte y saber que estabas bien. He venido porque mañana se cumple un año exacto de la muerte de Antonio y quería estar ahí para ti. He venido porque fui un cobarde en por lo menos dejarte saber cuáles eran mis verdaderos sentimientos hacia ti. Que no te lo dije porque fui orientado por la persona incorrecta que, al parecer, y no me equivoque, te quería para él, rompiéndote el corazón. Otro hombre más que te hirió y es algo que no lo puedo soportar,” dijo Jesús explotando. Los clientes de la mesa de al lado se dieron cuenta y escucharon todo lo que Jesús había dicho.

“Jesús…”

“Sé que puede ser que este tarde y que a lo mejor eso que tuvimos..”

“Jesús tú y yo no tuvimos nada. Solamente fue amistad, mas nada,” mintió Sara.

“Deja de negar las cosas. Lo único que puedo permitir es que este tarde y ya no lo sientas, pero si lo sentiste,” dijo Jesús.

“Puede ser que lo haya sentido, Jesús,” dijo Sara.

“¿Y entonces?”

“Me estas presionando a sentir cosas Jesús,”

“No lo estoy,”

“SI LO ESTAS. Entiende que yo no puedo estar contigo ahora ni nunca. Tú no eres el hombre para mí. Nunca lo has sido, aunque pienses que sí. Piensas esta bella historia en tu mente de que eres destinado a amarme por el resto de tu vida por la manera en que nos conocemos. Pero te quiero dejar saber que en esta historia tu no estas por ningún lado. Porque esta historia no existe, es una fantasía de la cual tienes que despertar. Tienes que dejar ir eso que piensas que es verdadero eso que piensas que es lo tuyo de verdad, pero déjame decirte algo Dr. Castelló que estas completamente equivocado.

Porque yo no soy para ti y tú no eres para mí," dijo gritando Sara. Jesús se quedó allí escuchando todo lo que ella le había dicho ignorando por completo a las personas que estaban viendo, ignorando el bochorno que estaba pasando el en esos momentos. Jesús se levantó de la mesa en ese momento dejando varios euros en la mesa, sin el haber ordenado nada, y le hablo.

"Tienes razón. Tú no eres la de mi historia estoy equivocado y te pido disculpas," dijo Jesús.

"Bien, qué bueno que lo entiendes,"

"Solo te diré una cosa. Puede ser que ambos estemos viviendo las historias incorrectas. Puede ser que yo no sea el indicado para ti o no seas la indicada para mí. Pero si te quiero decir algo ante de marcharme para siempre," dijo Jesús tardando varios segundos en decirle.

"¿Y bien?"

"Tu eres Sara Jiménez la número uno, mi número uno, tú no eres una del montón. Tu no careces de nada, tú lo tienes todo en una mujer. Aunque no sea yo quien este con Sara, debes de estar con alguien que te valore y te vea como una nada más y no como una del montón," dijo Jesús marchándose del restaurante dejando a Sara allí sola en la mesa con lágrimas en sus ojos avergonzada de que todo el mundo estaba escuchando.

"SARA JIMENEZ," grito Carla desde la barra completamente en lágrimas. Sara la escucho y sabía lo que su amiga quería decir con eso, con haberle gritado su nombre. Pero ella no se movió no hizo nada, solamente se quedó allí, sentada mirando los euros que estaban en la mesa. Y ahí es que se dio cuenta de los euros, de cuantos eran.

"El me dio un euro.. UN EURO," grito Sara levantándose de la mesa corriendo fuera del restaurante. Miro a ambos lados en busca de Jesús y lo vio lejos de ella. Sara comenzó a correr mientras sentía como lagrimas salían de sus ojos. Ella no tenía idea de lo que estaba haciendo ni porque lo estaba haciendo, solamente sabía que tenía que hablar con Jesús.

“JESUS CASTELLÓ,” grito Sara al verlo a lo lejos. Sara llego a donde el, viendo los ojos de Jesús. Estaban rojos y llenos de lágrimas, pero al ver a Sara se notaba como algo raro en su rostro, como algún tipo de brillo que Sara nunca había visto en un hombre.

“No sé hasta donde podamos llegar. No se cuánto tiempo necesite. Y por mas egoísta que este siendo en este momento… necesito que sepas que…. yo….”

“No tenéis que decirme nada Sara,”

“Yo soy un desastre. Yo soy una buena persona, pero en el amor, soy un desastre, ellos me hicieron así. Ellos me quitaron todo … .¡TODO!” grito Sara

“Lo sé,” dijo Jesús agarrando a Sara por la cintura, pegándola a su cuerpo y dándole su primer beso. Ese beso que Jesús había soñado desde la primera vez que la conoció. Ese beso que le dio atender a Sara que ella si no era una más, que ella si no era una del montón. Si era del montón de experiencias que ambos habían tenido, pero no entre ellos.

Sara y Jesús sintieron en ese momento lo que muchas parejas en el mundo desearían sentir. Esa conexión infinita de dos personas que si estaban destinados a estar juntos. Un beso de esos que te daban a entender todos los errores que habías cometido en tu vida eran simplemente eso, errores, para poder llegar ahí, a ese momento de ellos, a ese beso en la calle frente a la gente, demostrando que ambos estaban dispuestos a pasar por el proceso, que estaban dispuestos a pasar la página en sus vidas pasadas y poder encaminarse a algo sin saber a dónde iba, sin saber su rumbo. Por más que el camino haya tenido piedras o contratiempos, al final ambos dispuestos a intentarlo. Ella entendió que por más insegura que estuviera en ser una más, sabía que tenía que volverlo a intentar. Sabía que tenía que salir de las tinieblas para poder sobrevivir. Ella sabía que tenía que, aunque sea dar un primer paso en eso que tanto le hacía daño, en eso que había marcado su vida para siempre.

Sara Jiménez dejó de ser por primera vez ‘una del montón’ convirtiéndose en simplemente Una.

Mi brillo

Por: Sara Jiménez

Pierdo todos los días ese brillo que me caracteriza por años. Siento que ese brillo se perdió con el pasar el tiempo. Con las cosas malas del camino. De ese río lleno de piedras y corrientes que hacen que nuestras vidas cambian drásticamente. ¿Donde estas brillo? ¿Donde te escondiste o quien te apago? ¿Quien usurpó tu lugar y lleno mi rostro de oscuridad y amargura? Quien pensó en ti supo desde un principio en destruirte y lo logro. ¿Como? Aun no lo sé. Intento buscar la verdad de tú partida, pero aun no la consigo.

Ese brillo de mi rostro, ese tan hermoso y tan reluciente, ese que despertaba a los tristes, a los pobres a los de corazón roto. A esos que sus noches se volvían días, y sus amarguras en alegrías. Ahora mi brillo carece de felicidad, de energía, de amor, esperanza, sentimiento y corazón. Ahora me mezclo con los tristes y nadie me nota. Ahora lloro en las noches y a nadie le importa. Ahora busco quien puede despertarme de mi tristeza y pocos son los que llegan.

Creo que fue la monotonía, absurda y ridícula monotonía. ¿O fue el amor? Absurdo y ridículo amor. O esos cantazos y problemas de la vida que hacen que mi juventud se pudra y crezca a la fuerza. ¿No? También pudo haber sido yo, con mis propios problemas o por expectativas de cosas que realmente no existen y nunca existirán. Debo cambiar, debo de llamar nuevamente a ese amigo perdido, ¿y si lo encuentro? ¿Y si no vuelve? ¿Que pasa? ¿Y si no vuelvo a sentir brillo en mi rostro? ¿Que pasara con mi

sonrisa? o lo más importante ¿que pasara con los demás? ¿Que pasara cuando ya mi rostro no brille y me quede en el olvido?

Que nadie recuerde mi nombre, ni mi esencia, que nadie recuerde mi rostro, brillante como en los tiempos de antes. Como los pobres, los tristes y los de corazón roto tendrán energía y brillo en sus rostros cuando el mío yace en tinieblas.

No sabré nunca lo que les paso, solo sé que seguiré buscando ese brillo que algún día me delato.

El Fin

AUTOR

Luis Enrique Guardiola Vargas estudió en el Departamento de Comunicaciones de la Universidad Inter Americana Recinto de Bayamón y Artes Culinarias en la Universidad Le Cordon Blue en Miami. Actualmente vive en Puerto Rico con parte de su familia y en su tiempo libre disfruta de leer, escribir, escuchar música y cocinar. Puedes conocer más de L.E Guardiola en su página de Facebook, @leguardiola, @croniasdeunasirena y su cuenta de Twitter, twitter.com/luisen89.